

Patagonia Andina

La Inmensidad Humanizada



2007



MUSEO CHILENO
DE ARTE
PRECOLOMBINO

La aventura humana en la Patagonia se inicia hace más de diez mil años, cuando estaba cubierta de hielos, con sus bosques y llanuras pobladas por grandes herbívoros, hoy extintos y cuando la Isla de Tierra del Fuego aún no se desprendía del continente. Al finalizar la época de los glaciares, el hombre ocupa casi todos los ambientes que las especiales condiciones australes le permiten habitar: las estepas, el litoral, las islas y canales occidentales y las cuencas de sus enormes ríos y lagos. La llegada del español produce sólo un rasguño cultural, y lo mismo pasa con la República, hasta la llegada del industrialismo, cuyos avances tecnológicos permiten superar las duras condicionantes ambientales. Esto hace resaltar en gran medida la ocupación aborígen de la Patagonia que, a pesar de estos inconvenientes y de la feroz agresión del “hombre blanco”, permanece ocupando sus antiguos lares hasta el siglo pasado, cuando quedó reducida a mínimas comunidades, cuando no totalmente extinguida.

La edición de este libro ha sido también una aventura de aprendizaje y sorpresas, dentro de las que destacamos el “descubrimiento” por parte de los editores de un grabado no conocido de Boat Memory, un kaweshkar llevado por la expedición de Fitz Roy a Inglaterra y que fue retratado en traje de gala en Plymouth, cuando visitó la corte inglesa. También se incluyen en el libro fotos inéditas del destacado fotógrafo Gertsmann, que fueran legadas a este Museo por Luis Peña. Quisiéramos hacer un homenaje a los hombres patagónicos en la persona de don Marcelo Sepúlveda, uno de los últimos pioneros de la zona que se fotografió para este libro (pág. 51) y lamentablemente murió pocos meses después.

El Banco Santander continúa patrocinando y apoyando esta serie de publicaciones anuales que editamos desde el año 1982. Reconocemos y valoramos esta constante ayuda y el aporte único al patrimonio cultural americano que realiza esta entidad, junto a la Ley de Donaciones Culturales.

Clara Budnik Sinay
Presidenta
Fundación Familia Larraín Echenique

Raúl Alcaíno Lihn
Alcalde
Ilustre Municipalidad de Santiago



La Patagonia evoca inmensidades, enormes planicies, hielos eternos en los Andes australes, el fin de la tierra. Esta vez, nos interesa presentarla como el hogar de hombres y mujeres que, desde los primeros americanos hasta hoy, se adaptaron a sus ambientes extremos.

Notable es la epopeya de los pueblos originarios que hace milenios llegaron a habitar el “Finis Terrae”. Los fueguinos, dotados de extraordinarias capacidades biológicas y culturales para adaptarse al frío, desarrollaron diversas culturas marítimas y terrestres, cazadoras y recolectoras. A mediados del siglo XIX, cuando Charles Darwin pasó por estas tierras en el Beagle, parece haber intuido el futuro de estos habitantes, dando sustento a la Teoría de la Evolución. En el siglo XX, se dieron las condiciones para la inmigración de colonos a estas tierras. El trágico destino de los antiguos patagones, que no pudieron resistir a este embate, dio paso a la nueva cultura de los inmigrantes, las estancias ganaderas y los demás emprendimientos de los pioneros magallánicos.

Los invitamos a seguir la apasionante historia de la Patagonia y a continuar la tradición de Banco Santander, que lleva más de 26 publicaciones dedicadas a las culturas originarias de América, en un trabajo conjunto con el Museo Chileno de Arte Precolombino.

Mauricio Larraín Garcés
Presidente
Banco Santander



Ventisquero Stoppani, cordillera Darwin, Tierra del Fuego.

Introducción

Este libro nace de la convicción de que la imagen de soledad y naturaleza impoluta de la Patagonia se ha exagerado, llegando a ignorar la impronta que el ser humano ha dejado en esas latitudes. Paradójicamente, ha sido gracias a la misma imaginación humana, a la literatura, al mito de la “Ciudad de los Césares” a la presencia misma de personajes como Darwin o Popper, que estas inmensidades se han enraizado en el inconsciente de toda la humanidad como sinónimo de lo salvaje e intocado.

La ocupación indígena de la Patagonia se remonta a fines de la última glaciación y ha continuado hasta hoy. Ella fue clave para ir humanizando este territorio enorme y hostil, para ir bautizando las montañas, lagos y canales, para ir incorporándolos en sus mitos y cosmovisiones, para dejar en la roca la impronta de su arte. Esta geografía está íntimamente ligada a las experiencias epopéyicas de Magallanes o Drake, a la teoría de la evolución de Darwin y a las novelas de Coloane, Verne y Melville. Su exploración y ocupación moderna no han sido menos interesantes, desde los colonos pioneros hasta la introducción de las ovejas o los salmones, incluyendo los actuales conflictos entre turismo y mega-proyectos mineros o hidroeléctricos.

Este libro presenta a la Patagonia desde un ángulo humano, escasamente imaginado fuera de ámbitos especializados y que, sin embargo, ha sido requisito para que este territorio pase a ser percibido y conocido en todo el mundo como sinónimo de lo remoto y de naturaleza solitaria.



Índice

CIEN SIGLOS DE HISTORIA EN LOS ÚLTIMOS CONFINES DEL MUNDO Luis Alberto Borrero / Francisco Mena	15
Patagonia en la imaginación literaria Beltrán Mena	21
Quillangos Alfredo Prieto	27
Campesinos de la cordillera aysenina Mauricio Osorio	41
Pinturas Rupestres Francisco Gallardo	47
TERRA GIGANTUM Perspectiva histórica de cinco siglos Mateo Martinic	59
Los primeros cazadores de Tierra del Fuego Mauricio Massone	63
Canoeros de los mares de Otway y Skyring Dominique Legoupil	69
El arco y la flecha de los Selk’nam Alfredo Prieto	81
Resonancias míticas en el arte actual Oscar Galleguillos	87
Arte y tecnología en el canal Beagle Dánae Fiore	99
La música del Hain fueguino José Pérez de Arce	105
Agradecimientos	112
Autores	113
Referencias	114
Notas a los capítulos	118
Créditos	120



Junto con separar a los pueblos del continente de los de Tierra del Fuego, el estrecho de Magallanes fue hasta la apertura del Canal de Panamá la principal vía naviera entre el Pacífico y el Atlántico, costa sur del estrecho.



Cien siglos de historia en los últimos confines del mundo

*Luis Alberto Borrero
Francisco Mena*

El territorio actualmente conocido como Patagonia, se extiende a lo largo de más de un millón de kilómetros cuadrados, y puede dividirse en Patagonia del Norte, (entre 39°30' S y 44° S), Patagonia del Sur, (desde los 44° S hasta el estrecho de Magallanes (alrededor de 52° S) y Tierra del Fuego (alrededor de 52°–54° S). Esta división es además funcional a nuestros fines, puesto que, si bien se conoce algo de los extremos septentrional y meridional, la extensa zona intermedia se ha estudiado muy poco.

La proyección del término “Patagonia” al lado occidental (actualmente chileno), no responde meramente a una estrategia de “marketing” turístico, puesto que hubo más interacción de la que se piensa entre las planicies esteparias orientales, la cordillera boscosa y quizás incluso el litoral. La intención de este libro es precisamente ver a la Patagonia como un todo integrado y diverso, conformado por el territorio ocupado por pueblos cazadores–recolectores hasta hace relativamente poco. Es por ello que el límite norte es difuso y se extiende más al norte por el oriente que por el valle central chileno, por donde se expandió la tradición agro–alfarera desde el norte. Se podría afirmar que incluso la Isla Grande de Chiloé y el Seno de Reloncaví formaban culturalmente parte del universo de los canoeros patagónicos antes de la expansión de la cultura mapuche. En cualquier caso, consideraremos como patagónicos los territorios de Chiloé continental al sur.



Un extenso sector de este gran espacio estuvo cubierto por glaciares antes de la llegada de los primeros seres humanos. Después del retroceso de los hielos del Pleistoceno, que comenzó hace unos 14.000 años, se inició un cambio hacia un clima más cálido, el que fue interrumpido por un pulso frío hace un poco más de 11.000 años.¹ La entrada de los primeros cazadores, que provenían del norte, comenzó hace más de 14.000 años, por lo que fue un evento acompañado por un clima y ambientes muy diferentes a los que imperan actualmente. Aunque hasta el día de hoy la Patagonia se caracteriza por frecuentes catástrofes y convulsiones, pareciera que en esta época se registraron erupciones volcánicas particularmente intensas.²

Cuando los primeros seres humanos comenzaron a dispersarse hacia Tierra del Fuego, ésta aún no era una isla, los lagos cercanos a la cordillera tenían niveles más altos que los actuales y la fauna incluía numerosos animales de gran tamaño, hoy extinguidos. Bajo esas condiciones tan distintas ocurrió la exploración y colonización humana de este extenso territorio.³ Más tarde, cuando había gente instalada en diversas regiones, retornaron las condiciones templadas⁴, y a partir de ese momento, la información paleoclimática muestra la existencia de condiciones más áridas durante buena parte del período postglacial en la mayor parte de la Patagonia continental extra andina, hoy caracterizada por extensas estepas con distintas proporciones de pastos y arbustos.⁵ La Patagonia occidental, en cambio, parece haber experimentado mayores fluctuaciones más o menos locales, con condiciones más calurosas que las del presente en el norte, entre el 11.000 y el 3.500 a.C.⁶

Poco sabemos sobre las características físicas de los primeros habitantes de la Patagonia. Las evidencias más antiguas provienen de Aysén. Se trata de los esqueletos de varios individuos recuperados en la cueva Baño Nuevo–1, asociados con fechados radiocarbónicos de algo más de 10.000 años, realizados directamente sobre los huesos.⁷ Los adultos estaban en posición flexionada y cubiertos con piedras.⁸ Por otra parte en la cueva Epullán, en Neuquén, se recuperaron cuatro entierros humanos⁹, dos de ellos datados por asociación entre el 10.500 y el 7.000 a.C. Tres de los esqueletos estaban parcialmente cubiertos por rocas. En sitios ubicados más al sur se registraron otros restos, datados entre el 2.800 y el 2.400 a.C., en los sitios cerro Sota, Orejas de Burro 1 y Cueva lago Sofía 1, en el campo volcánico de Pali Aike.¹⁰ Los esqueletos de la Cueva Grande de Epullán y de Baño Nuevo–1, en parte cubiertos por rocas, anticipan una forma de entierro que será popular en tiempos muy posteriores en la Patagonia¹¹, cuando los restos humanos son bastante más abundantes.



Varios estudios de los esqueletos de Patagonia y Tierra del Fuego muestran importante variación morfológica¹², al punto que algunos pueden ser descritos como no mongoloides.¹³ Los resultados del estudio del ADN mitocondrial sobre huesos humanos arqueológicos ayudan a mantener que más de una población ha estado involucrada en el proceso de poblamiento.¹⁴ Toda esta evidencia contradice el modelo clásico que ve un origen estrictamente mongoloide para los americanos. Sin dudas, el proceso de colonización humana de la Patagonia ha sido complejo, variado y no necesariamente continuo.

Hasta hace unas décadas era muy poco lo que se sabía de la prehistoria patagónica y –como sucede en las primeras etapas de cualquier investigación– solía generalizarse a partir de lo conocido, como si todo pudiera acomodarse en la secuencia de uno o dos sitios arqueológicos estudiados. Se suponía, además, que podían proyectarse acríticamente al pasado las observaciones de los primeros europeos, como si los indígenas encontrados por ellos fueran “fósiles vivientes”: imagen congelada de lo que habían sido siempre. A medida que avanza la investigación, sin embargo, nos hemos dado cuenta de que cada región es un poco diferente y que –en el inmenso territorio patagónico– lo que pasó en el norte no corresponde a lo que pasó en el sur, ni lo que pasó en la costa atlántica a lo que pasó en las estepas interiores o al pie de la cordillera. Es por eso que creemos conveniente detenernos un poco en las particularidades de los diferentes hallazgos, siguiendo el orden que impone la geografía.



Norte de la Patagonia

El fin de la era glacial

El norte de la Patagonia presenta un ambiente semi–desértico, con un clima árido, asociado con extensas estepas, en el oriente, y densos bosques en la precordillera. Las más antiguas evidencias de presencia humana se ubican precisamente en este ambiente boscoso al Oeste de los Andes, en los sitios Monte Verde y Marifilo. Se trata de un área que no es usualmente incluida en la Patagonia, pero que resulta relevante para la comprensión del proceso de poblamiento de esta región.

Monte Verde es un sitio a cielo abierto ubicado cerca de Puerto Montt, en el centro–sur de Chile. Está datado en unos quince mil años (12.500 años AP)¹⁵ y se presenta como una acumulación de troncos, huesos, plantas, fragmentos de cuero, cordelería y otros restos orgánicos, con pocos artefactos líticos y otras evidencias. Fueron recuperadas tres puntas de proyectil foliáceas, varias bolas y otras rocas modificadas, pero en su mayoría los artefactos están hechos sobre madera. Los restos de fauna son escasos, solamente algunos huesos de mastodonte (*Cuvieronius*) y uno de Palaeolama. La presencia de sedimento que no es de origen local adherido a algunos de los huesos de mastodonte, indica que fueron recolectados de un animal muerto procedente de otro lugar.

El alero Marifilo es un alero rocoso que fue ocupado hace al menos diez mil años. El pudú (*Pudu pudu*), un pequeño ciervo que vive en el bosque, es el recurso más importante utilizado por los primeros ocupantes del alero.¹⁶ Pequeñas aves y mustélidos también están presentes. Los restos de zorros son abundantes en algún momento posterior. En resumen, Monte Verde y Marifilo son una prueba de la importancia del bosque y sus recursos para las primeras etapas de la ocupación humana de la Patagonia.

Principios del postglacial

La evidencia obtenida al este de los Andes proviene de cuatro cuevas, localizadas no muy lejos de la cordillera. Las ocupaciones están concentradas a principios del período postglacial, hace entre doce y nueve mil años. Las cuevas Traful, Cuyín Manzano y el alero El Trébol están situadas en la transición entre el bosque y la estepa o sus cercanías, en el curso superior del río Limay. La Cueva Epullán Grande, en cambio, está en plena estepa, a unos 100 kilómetros al este de la zona transicional. Las evidencias de polen sugieren que el panorama ambiental en esta época era, con pocos cambios, semejante al actual.

Las ocupaciones iniciales de la Cueva Traful, datadas entre el 8.700 y el 8.300 a.C., indican una instalación humana efímera. Hay lascas sin retocar, así como huesos de zorro (*Pseudalopex sp.*), con escasa presencia de guanaco (*Lama guanicoe*). Posteriormente, entre el 7.800 y el 7.300 a.C., la cueva vuelve a ser utilizada. En este caso las ocupaciones son un poco más intensas, con fogones bien definidos, puntas de proyectil triangulares y otros restos. Los huesos de guanaco son abundantes y debe destacarse la presencia de vizcacha (*Lagidium sp*), zorro y roedores pequeños.¹⁷

No muy lejos de Traful se encuentra la Cueva Cuyín Manzano. Sus ocupaciones inferiores –sólo parcialmente publicadas– también fueron efímeras. Están datadas en algo más de nueve mil años. Hay restos de guanacos, zorros y roedores asociados con raspadores y otros instrumentos líticos.¹⁸

El sitio El Trébol, aun sólo parcialmente publicado, produjo escasos restos líticos asociados a fragmentos óseos de mamíferos y peces. Se destaca la presencia de una especie de milodón, herbívoro extinto y de huemul (*Hippocamelus bisulcus*), característico de la zona boscosa. Se identificaron huellas de corte sobre algunos huesecillos dérmicos de milodón, en tanto otros están quemados. Sobre esta base los excavadores sugieren que estos restos fueron introducidos por seres humanos. También fue hallado un fragmento de punta de proyectil bifacial, así como otros restos líticos.¹⁹ Recientemente, el sitio ha sido fechado hacia el 10.000 a.C.²⁰

Los niveles inferiores de la Cueva Epullán Grande están datados entre 9.900 y 7.500 años. Además de restos humanos, se hallaron pequeños fogones, artefactos líticos –incluyendo trabajo bifacial–hechos en obsidiana y basalto. Los restos de guanaco son abundantes y hay algunos huesos de choique, una avestruz patagónica (*cf. Pterocnemia pennata*) con huellas de corte. También hay restos de pequeños mamíferos, cáscaras de huevo y plantas. A partir de unos siete mil años la explotación de frutos de cactus (*Austrocactus aff. A. Bertinii*) está bien documentada. Finalmente, hay grabados en el piso rocoso del sitio que fueron cubiertos por sedimentos datados entre 10.700 y alrededor de 6.000 a.C.²¹

Más de 400 kilómetros al sur, en las cabeceras del río Cisnes, acaba de documentarse la presencia humana hace más de 10.000 años²², lo que –junto con la información procedente de Baño Nuevo– señala que los ambientes esteparios del borde de la cordillera también fueron visitados por el hombre tempranamente, al parecer cuando la megafauna pleistocénica ya estaba en franca extinción.

El “Optimum climaticum”

Durante los últimos cuatro mil mil años, época más cálida, con brucas fluctuaciones en el régimen de lluvias, los sitios más reiteradamente utilizados del noroeste de la Patagonia se localizaban cerca de las fuentes de agua. Las excavaciones muestran la explotación intensiva de una variedad de recursos, incluyendo mamíferos pequeños, aves, moluscos de agua dulce y plantas. Se consumía guanaco, pero aparentemente no siempre ocupaba un lugar central en la dieta.

Las evidencias arqueológicas posteriores muestran la ocupación más o menos intensiva de los distintos ambientes. Se multiplican los sitios, que a veces son muy extensos y a veces parecen ser regularmente utilizados, indicando una cierta organización en el uso del espacio.



Patagonia en la imaginación literaria

Beltrán Mena

Patagonia, en primer lugar, un nombre. Como Sahara, Amazonas, Alaska o Siberia. Luego una distancia: no se puede ir más lejos. En seguida, un espacio, grandes cielos, pampas, canales vacíos. La frágil canoa fueguina no hace más que destacar esa soledad y vacío. Finalmente, una metáfora. “Sólo la Patagonia conviene a mi inmensa tristeza”, dirá el poeta Cendrars. Melville la usa como adjetivo: “Mil visiones patagónicas”.

Un autor imaginativo, cuyo nombre no conservamos, escribió en 1512 una novela de caballería llamada Primaleón de Grecia, que fue un best seller. En un episodio, el paladín enfrenta a Patagón, gigante primitivo vestido con pieles y por supuesto lo vence. A pesar de sus horribles gritos, Primaleón lo embarca como regalo para una reina.

En 1519, Magallanes decide llevar este grueso libro para un viaje largo alrededor del mundo. En una playa de Sudamérica encuentra un alto tehuelche y lo bautiza –cómo no– Patagón. Decide embarcarlo como presente para Carlos V. El gigante ruge como animal y finalmente muere por el camino. Todo esto lo anota y publica el cronista de a bordo, Pigafetta.

Éste es sólo el comienzo de una cadena de mitos y realidades en que participan escritores y aventureros. La literatura lanzará a los empresarios a estas tierras lejanas y sus toscos relatos estimularán la imaginación de nuevos poetas. Desde Pigafetta a Shakespeare y de éste a Chatwin, desde Hernando de Magallanes a la Empresa Nacional del Petróleo, la historia de la Patagonia ha sido un diálogo entre la palabra y la acción. Es un diálogo que no ha terminado y que ha inventado un amplio territorio donde caben todos los sueños y todas las pesadillas.

Porque lo que llamamos vida es un tejido –hilos entrelazados– y si eliminamos las hebras del mito, se deshace también la realidad. Esto es así en todas partes y ha sido así siempre, pero los grandes espacios y el aire transparente de la Patagonia hacen el fenómeno más evidente que en ningún otro lugar.



La Patagonia.



Herman Melville (NY, 1819-91), escritor y navegante, uno de los principales literatos norteamericanos; autor del inolvidable “Moby Dick”, ambientado en aguas patagónicas.

◀ Ballena en Parque Marino Francisco Coloane, Magallanes (Foto: Jordi Plana).

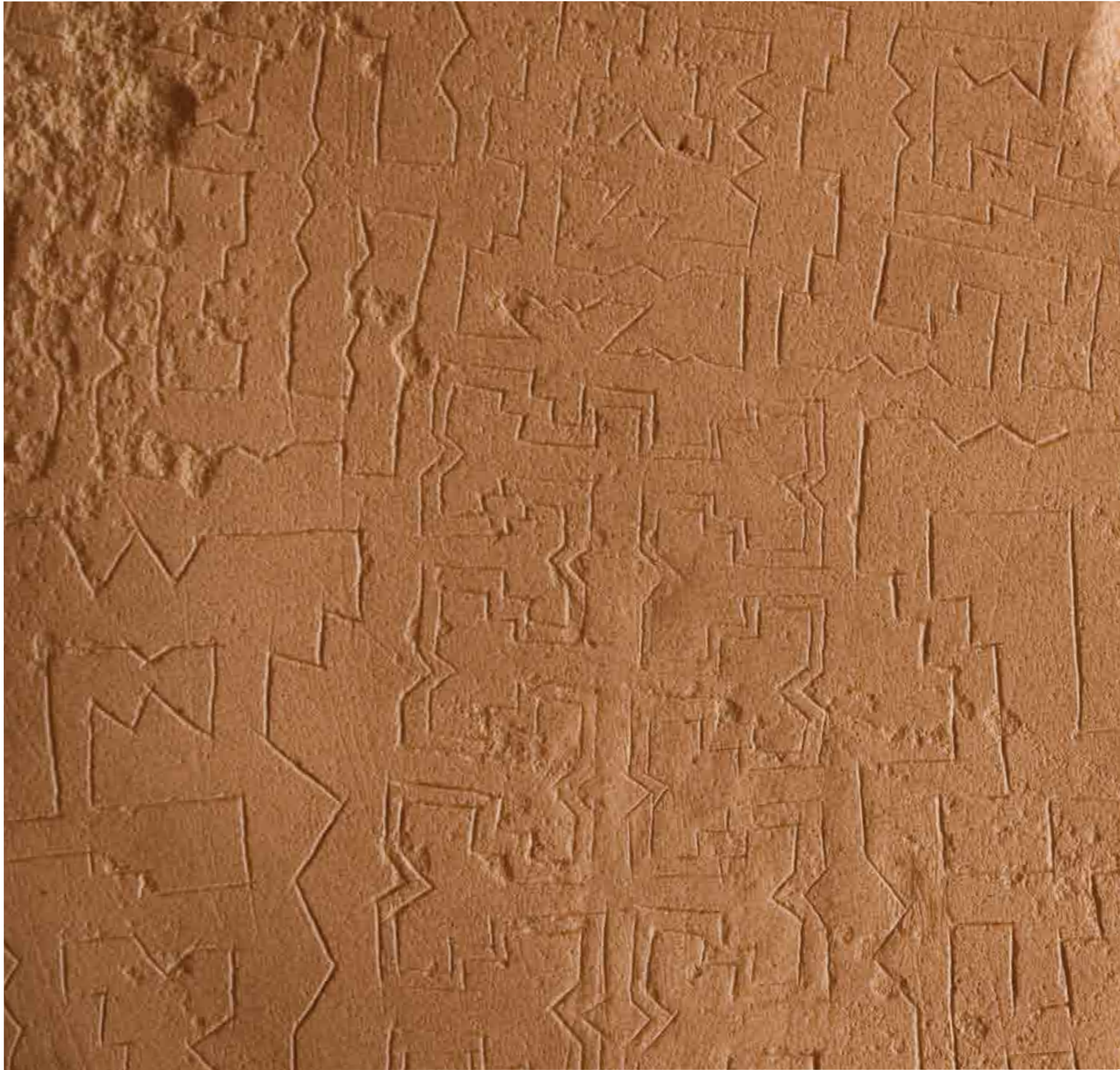


Más de veinte años de investigaciones en la zona de Piedra Parada (alto Chubut) ²³ revelan una intensa ocupación del valle desde hace por lo menos cincuenta siglos, con un intenso trabajo de fibras vegetales, que incluía pinzas de coligüe (colectado en los bosques andinos), cestería ²⁴ y otros artefactos hechos con totora obtenida en las lagunas. Diferentes sitios estudiados en esta localidad han revelado una tendencia al consumo de alimentos vegetales, que en regiones más australes no está ausente, aunque siempre fue más importante la caza.

Existe evidencia, en localidades cercanas a los Andes, como Puerto Tranquilo en una isla del lago Nahuel Huapi, en los niveles superiores de El Trébol y otros sitios ²⁵, que indican instalación humana en el bosque andino e incluso incursiones bastante occidentales en el norte de Aysén ²⁶. Cuando se la compara con la información referida al uso del bosque al oeste de los Andes, esta evidencia es muy tardía, ya que principalmente corresponde a los últimos 2.000 años. Este patrón se mantiene aunque se incluyan las ocupaciones más tempranas conocidas.²⁷, que parecen reflejar uso efímero de ese ambiente. La mayoría de los sitios de la estepa presenta, por otra parte, indicaciones de explotación de una gran variedad de recursos, desde las plantas y moluscos fluviales, aves, pequeños mamíferos y guanacos. En todo caso, está bastante claro que en esta época estaban ocupados todos los espacios y ya no era tan fácil simplemente trasladarse de lugar en caso de cualquier problema como mengua local de recursos, sequía o frío extremos. Puede que el clima haya permitido en lugares particularmente templados y húmedos en el norte de la Patagonia una cierta intensificación, como en el caso de Epullán donde se detectó, pero en la gran mayoría del territorio el clima impedía cualquier intento de control alimenticio y nunca se desarrollaron la agricultura ni el pastoreo de camélidos. En lugar de ello, se dio en estos momentos un énfasis en la organización logística, visitando regularmente diversos ambientes.

Finalmente, la arqueología de la costa norpatagónica indica un uso reiterado de esos ambientes y parece haber experimentado una dinámica de movimientos poblacionales desde y hacia el norte ²⁸, que quizás se relacione con el ingreso de la tecnología cerámica, –más o menos en la misma época–desde la Araucanía. ²⁹





Momentos históricos

En los siglos que mediaron entre el arribo de los europeos a América y la ocupación definitiva de estos territorios por parte de poblaciones “blancas”, parecen haberse dado otros procesos importantes de difusión y mezcla, incluyendo el avance hacia Patagonia central de poblaciones meridionales y el avance hacia el sur de rasgos culturales “mapuches”, en un proceso que aparentemente comenzó en tiempos prehispánicos pero que, sin dudas, se aceleró con la adopción y expansión del caballo.

Quizás la natural tendencia al aumento de la población y la restricción de la movilidad hayan fomentado la formación de unidades mayores, que algunos han llamado “tribales”, pero sin duda la adopción del caballo y la expansión de una ideología más jerárquica contribuyó a la emergencia de estructuras sociales más complejas. Quizá la desecación generalizada y las necesidades crecientes de agua, leña y pasturas promovieron el establecimiento de campamentos más estables en cuencas lacustres bajas. En este contexto surgieron “cementérios” de chenques, verdaderas concentraciones de túmulos funerarios de piedra, como los de lago Salitroso, en el Bajo río Ibáñez o más al sur, en la costa de la actual provincia argentina de Santa Cruz, donde desgraciadamente han sido intensamente saqueados.

Más influidos por la ética libertaria y guerrera de los pueblos mapuches, y más alejados de grandes ciudades, los indígenas del norte de la Patagonia –los “gununa-kena” históricos– mantuvieron una relativa independencia y el dominio absoluto de sus tierras hasta avanzado el siglo XIX, cuando se desarrollaron las campañas militares de la “Conquista del Desierto”. Estas incursiones terminaron por incorporar sus territorios a Argentina ³⁰, contribuyendo a la extinción física y cultural de estos grupos, favoreciendo aún más el mestizaje y sus desplazamientos. Estos pueblos aborígenes ocuparon en una medida importante una especie de “corredor andino” ya usado desde temprano, que al parecer canalizaba la movilidad al oeste de las sierras de Languiño y San Bernardo y definía una mayor relación con los valles occidentales en el actual Chile, que con las estepas orientales abiertas.

En la zona del Pacífico, en cambio, no hubo ningún intento de apropiarse de las tierras ocupadas por los indígenas. Llamados “chonos” por la mayoría de los cronistas, los canoeros septentrionales parecen haberse desintegrado como cultura hacia el siglo XVII, debido a una combinación de factores, como enfermedades portadas por navegantes foráneos, persecuciones esclavistas y su adscripción a grupos “huilliches” de Chiloé insular, así como al modo de vida tradicional de los canoeros al sur de Taitao. En todo caso, hasta el día de hoy la región permanece básicamente desocupada, sosteniendo un modo de vida basado en la pesca y la permanente movilidad.





Quillangos

Alfredo Prieto

El quillango fue la prenda de vestir característica de los Aonikenk (tehuelches del sur). Se componía de trece pieles de chulengo (guanaco infantil), usados con el pelo hacia adentro.

Para su confección, obra exclusiva de las mujeres del grupo, se utilizaba un patrón de corte muy especial, cuyo principio se basaba en la conjunción de figuras invertidas interconectadas (el contorno de la piel de los chulengos), logrando un efecto donde figura y fondo eran lo mismo. Además, se los pintaba del lado del cuero, con motivos geométricos polícromos.

Las trece pieles parecen haber sido de uso tardío, dado que una piel policromada hallada junto a un esqueleto en el cerro Johnny, fechada alrededor del siglo XVII no parece haber estado compuesta de piezas pequeñas, aunque sí con motivos divergentes que representan un borde y un campo central, como en los tardíos. Efectivamente, el motivo pictórico más recurrente es el desarrollo de un campo central subdividido en tres campos por dos líneas y bordes que contornean la totalidad de la pieza, variando hacia la parte superior el grosor y complejidad del borde. El más antiguo registro histórico se debe a una piel pintada colectada por Bougainville en el estrecho de Magallanes, en 1767, cuando la cultura ecuestre ya se hallaba en pleno auge. El patrón de corte de la piel y los motivos polícromos se asemejan a aquél conocido históricamente, pero con menos piezas.

A partir de la extensión del uso del caballo, que transformó radicalmente su modo de vida, parece haberse establecido el método de confección de las capas de trece chulengos. Dado que se requiere un tamaño similar para conformar esta suerte de patrón casi industrial de corte, la caza se hacía rápida y efectivamente durante las pariciones. Para una cultura pedestre habría sido difícil, si no imposible, extender esta técnica.

Finalmente, la forma de confeccionar este abrigo parece haber sido privativa de este grupo, dado que no se conocen otros antecedentes en el resto de América.



Cerro Johnny.



Cacique Mulato vestido con quillango.
Foto anónima alrededor de 1900.

◀ Quillango pintado, aónikenk. Fines siglo XIX. Detalle.
Museo Maggiorino Borgatello, Punta Arenas.



Sur de la Patagonia

El Sur de la Patagonia está caracterizado por la presencia de extensas mesetas y un ambiente de estepa, aunque en las cercanías de los Andes y su vertiente pacífica suelen presentarse bosques más o menos densos. La cordillera de los Andes, con alturas de hasta alrededor de 3.000 m. constituye un límite occidental discontinuo, aunque el Campo de Hielo Sur impide el contacto entre el litoral del Pacífico y las estepas, que sólo se conectan entre sí a partir desde Última Esperanza al sur. Ambos sectores fueron escenario de intensa ocupación prehistórica.

El fin de la era glacial

La meseta localizada al sur del río Deseado ha entregado parte de la información más antigua conocida en la Patagonia, en Los Toldos 2 y 3, El Ceibo, cerro Tres Tetas, Piedra Museo y otros sitios.³¹ Este depósito contiene restos de caballo extinto (*Hippidion saldiasi*), un camélido también extinguido (*Lama [Vicugna] gracilis*) y guanaco. Las huellas de corte no son abundantes, pero claramente indican procesamiento humano de los animales.

A unos 150 kilómetros al sur se ubica el sitio Cueva El Ceibo 7. Allí apareció un conjunto que se presentó como comparable al de los niveles inferiores de Los Toldos 3, pero que no fue datado. La fauna incluye restos de caballo extinto, camélido extinto (*Lama [Vicugna] gracilis*), puma (*Puma concolor*) y probablemente guanaco.³²

Sobre la base de esos dos conjuntos ha sido definida la industria del Nivel 11, caracterizada por instrumentos unifaciales retocados marginalmente. La ausencia de puntas de proyectil probablemente sea el resultado de un tamaño de muestra muy pequeño. Permanece abierto aún el tema de la relación entre estos materiales sin datar y los hallados inmediatamente encima, del llamado Toldense, datados en menos de 9.000 años, que presentan abundantes puntas.





La cueva 1 de cerro Tres Tetas se localiza a unos 55 kilómetros al norte de El Ceibo.³³ La unidad 5, sellada por una caída de rocas, incluye dos fogones fechados entre diez mil y once mil quinientos años atrás. La tecnología lítica es básicamente unifacial y no contiene puntas de proyectil, aunque sí retoque por ambas caras.³⁴ La materia prima es predominantemente local y de muy buena calidad. La fauna está dominada por huesos de guanaco.

En el sitio Alero El Puesto en la localidad de Piedra Museo, las ocupaciones humanas fueron datadas entre 12.800 y 9.700 años con la mayoría de los fechados ubicándose en el doceavo milenio antes de la era cristiana.³⁵ Se recuperaron dos fragmentos de puntas de proyectil semejantes a las halladas por Junius Bird en la cueva Fell, cerca del estrecho.³⁶ Hay restos de guanaco, caballo extinto, milodón, (*Lama [Vicugna] gracilis*), choique (*Pterocnemia pennata*) y ñandú (*Rhea americana*) que ahora sólo se halla más al norte.³⁷

Los sitios Casa del Minero 1, El Verano³⁸ y La Martita³⁹ están entre los muchos que permiten entender el proceso de instalación humana en la meseta. En Casa del Minero 1 hay indicios de explotación de camélidos extintos en esta misma época. El Verano es una pequeña cueva localizada al oeste de El Ceibo con ocupaciones datadas entre *circa* 8.200 y 7.000 a.C. Se hallaron huesos de guanaco asociados con puntas triangulares, grandes raederas y otros instrumentos. En el caso de La Martita se encontró un conjunto arqueológico semejante datado entre *circa* 10.100 y 7.100 a.C.

Entonces, en Los Toldos y varios otros sitios existe una consistente asociación entre puntas de proyectil triangulares, raspadores grandes y otros instrumentos, que fue usada para caracterizar la unidad cultural conocida como Toldense. Los restos trozados de (*Lama [Vicugna] gracilis*), caballo fósil, choique y guanaco fueron hallados asociados con esta unidad en Los Toldos. Un único fechado radiocarbónico la ubica alrededor del 8000 a.C., lo que resulta insuficiente para concluir la supervivencia de fauna extinta en tiempos postglaciales. Ya mencionamos los problemas con la cronología de este sitio. Unidades arqueológicas comparables al llamado Toldense fueron halladas en varios sitios y no se caracterizan por la asociación con fauna extinta.⁴⁰ La asociación de Casa del Minero 1, en cambio, está bien datada y es concordante con el panorama supra-regional, que está indicando una explotación regular de especies extintas, quizás porque aquí en el sur las condiciones glaciales persistieron hasta más tarde que en el norte, donde los primeros humanos llegaron cuando ya casi no quedaban estos grandes animales o eran tan escasos que no eran importantes en la dieta.

Principios del postglacial

La mejor evidencia publicada relacionada con este “Toldense” viene del río Pinturas, a menos de 100 kilómetros al oeste de la meseta.⁴¹ Allí se ubica la Cueva de las Manos.⁴² Sus paredes presentan pinturas de negativos de manos y guanacos, que la han hecho mundialmente famosa. Las ocupaciones inferiores están datadas en 9.300 años y algunas de las pinturas pueden tener esa edad sobre la base de la posición estratigráfica de fragmentos de rocas pintados caídos del techo. Fueron encontradas puntas de proyectil triangulares, un fragmento de una bola y raederas grandes asociadas con fauna moderna, principalmente guanaco.

Los niveles inferiores de la Cueva Grande del Arroyo Feo, otro sitio del río Pinturas, están datados entre hace 9.400 y 8.400 años. Los materiales líticos, también adscribibles al Toldense, son muy semejantes a los del Nivel 11 de Los Toldos.⁴³ La fauna está dominada por restos de guanaco.

Un poco más al sur se ubican dos sitios que están localizados cerca de los Andes: cerro Casa de Piedra 7 y 5. Éstos tienen evidencias de las primeras incursiones en el bosque.⁴⁴ El guanaco es el recurso dominante y además está presente el huemul. Más al oeste y unos 200 kilómetros al norte se ubica el sitio Baño Nuevo, ya mencionado por la presencia de entierros humanos tempranos. Allí se recuperaron huesos de fauna moderna, principalmente guanaco, restos líticos y fragmentos de un atlatl lanzadardos en los depósitos de inicios del postglacial.⁴⁵

Las ocupaciones antiguas registradas más al sur tienen un carácter bastante diferente. En un área de transición entre el bosque y la estepa se ubica el sitio Chorrillo Malo 2, al sur del lago Argentino. El comienzo de las ocupaciones hace unos 9.700 años, está caracterizado por huesos de fauna moderna, especialmente guanaco, asociados con una industria de lascas.⁴⁶



Un bloque caído refleja lo frágil que son estas pinturas rupestres. Las improntas de manos fueron realizadas desde hace unos 10.000 años y hasta el siglo XVIII en Patagonia Central. Este sitio en el curso medio del río Ibáñez pareciera representar la fase final de este proceso.



Río Ibáñez medio, Aysén.



Un poco más al sur, pero sobre la vertiente del Pacífico, en Última Esperanza, se encuentran dos importantes sitios. El sitio Cueva del Medio presenta al menos dos niveles con claras ocupaciones humanas de edad pleistocena.⁴⁷ Allí se recuperaron huesos trozados de caballo fósil, milodón, *Lama cf. owenii* y guanaco –que es el vertebrado más abundante en el sitio– que están asociados con fogones y abundantes restos líticos., incluyendo puntas de proyectil del tipo Cueva Fell o “cola de pescado”, también identificadas en Piedra Museo. Las ocupaciones iniciales están datadas entre 9 y 11.000 años atrás.

No muy lejos de la Cueva del Medio se encuentra la Cueva lago Sofía 1, donde fue registrada una asociación entre caballo fósil, milodón y guanaco con fogones e instrumentos líticos.⁴⁸ Las dataciones oscilan entre los 11.500 y los 10.100 años.⁴⁹

Otros sitios de la zona, como Cueva del Milodón, Cueva lago Sofía 4 y Alero Dos Herraduras indican la riqueza de la fauna de fines del Pleistoceno e informan acerca del funcionamiento ecológico de la región de Última Esperanza antes de la llegada de los seres humanos. La presencia de grandes carnívoros extinguidos que cazaban milodones, caballos y guanacos, está bien sustentada en estos sitios.

Los dos sitios mencionados, ambos localizados en Última Esperanza, constituyen buena evidencia de que la asociación entre grandes mamíferos y seres humanos, independientemente de su grado de intensidad, no es un fenómeno restringido a la cuenca del Atlántico.

La ocupación de estos sitios ha sido considerada como relacionada con el final de un largo corredor que los conecta con otros sitios tempranos del Campo Volcánico Pali Aike y la meseta central de Santa Cruz.⁵⁰

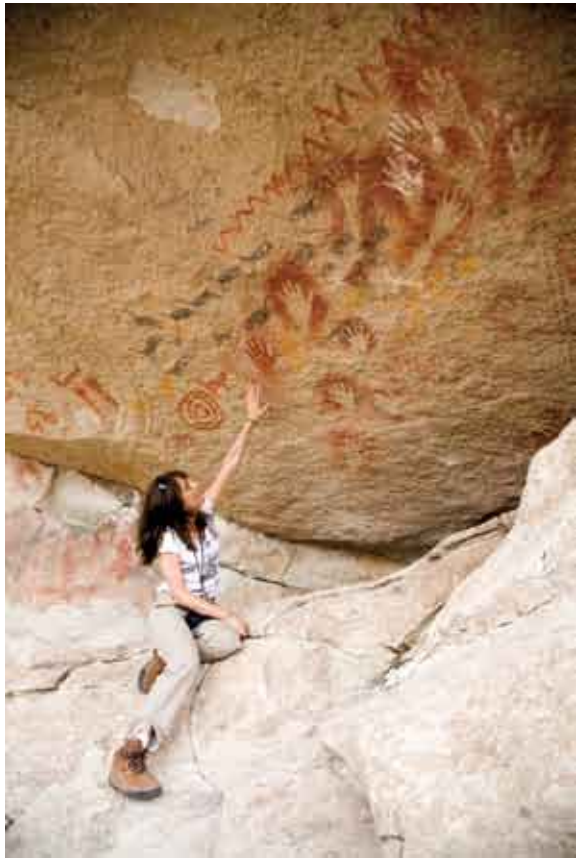
Las cuevas Pali Aike⁵¹, Las Buitreras⁵² y Cóndor⁵³, todas localizadas en el Campo Volcánico Pali Aike, también contienen restos de milodones, pero en ninguno de estos casos existen indicios claros de asociación humana. En cambio las excavaciones en la Cueva Fell, en esta misma región, demostraron esta asociación con huesos de milodón y de caballo fósil trozados y con huellas de corte.⁵⁴ La identificación de fogones y la recuperación de puntas de proyectil –las famosas puntas “cola de pescado”– y una variedad de instrumentos líticos indican la presencia de seres humanos hace unos 11.000 años. Un reciente reanálisis de los huesos de megamamíferos mostró la existencia de un agente adicional para explicar la acumulación en la Cueva Fell, ya que varios de los huesos de caballo presentan marcas de carnívoros⁵⁵. Más aún, la evidencia de las cercanas Cueva del Puma⁵⁶ y Cueva de los Chingues⁵⁷, muestra que los carnívoros eran abundantes y activos en la región para esa época. El hecho de que la cueva Fell haya sido utilizada alternativamente por carnívoros y seres humanos no debería llamarnos la atención, ya que se trata de los primeros indicios de instalación humana en una región cuyos principales depredadores eran carnívoros. Ninguno





de estos sitios meridionales presenta pinturas rupestres adscribibles a las ocupaciones tempranas, y ellas nunca alcanzaron la intensidad observable en Cueva de las Manos, las cuevas del cerro Casa de Piedra u otros sitios en Patagonia central.

La historia posterior del sur de la Patagonia muestra la presencia cada vez más importante de poblaciones humanas. En general, las evidencias de diversificación en la tecnología lítica son evidentes. Una industria de hojas, conocida como Casapedrense, comenzando hace unos 5.000 años ⁵⁸ fue identificada en varios sitios, en especial entre los ríos Chubut y Santa Cruz. Una característica es que no tiene puntas de proyectil. Sin embargo, resulta cada vez más claro que en esta misma época aparecen puntas de proyectil en diversos conjuntos de la región. ⁵⁹ Aunque lo más probable es que haya habido antes campamentos abiertos que simplemente no hemos encontrado, es también ahora que se registra por primera vez este tipo de sitios (ej. Campo río Robles 1 y 5 ⁶⁰). En este tiempo también comienza a manifestarse un modo de vida marítimo en el sudoeste, que desarrollaremos más abajo. Además de todas estas evidencias de diversificación regional, se agrega una variedad de formas de tratar a los muertos en cuevas o sitios a cielo abierto, aislados o en grandes conjuntos, en estructuras elaboradas o en condiciones que sugieren abandono inmediato después de la muerte. ⁶¹





El “Optimum Climaticum”

La ocupación humana de la costa del Atlántico comenzó hace algo más de 5.000 años ⁶² y la de la costa centro-oriental del estrecho de Magallanes hace al menos 3.000; ellas continuaron a través del tiempo con cierta regularidad, aunque nunca fueron demasiado intensivas. ⁶³ La explotación de estos ecosistemas marinos en las costas orientales de la Patagonia, en fuerte contraste con las costas occidentales, parece haber sido complementaria a la de los recursos del interior.⁶⁴ Sitios como los de la localidad de Punta Bustamante, cerca de la desembocadura del río Gallegos ⁶⁵, o los de Cabo Vírgenes ⁶⁶ muestran un uso reiterado a través del tiempo en una escala microrregional, pero sin constituir evidencias de instalación significativa, comparable a las que se registran en el interior. Por ejemplo, cerca de la cordillera, hay sitios utilizados reiterada e intensamente, como cerro de los Indios.⁶⁷ Buena parte del material arqueológico de superficie, por otra parte, parece corresponder a estos momentos tardíos. Otros sitios, en cambio, presentan ocupaciones humanas más acotadas. ⁶⁸

Pareciera que por entonces la mayor parte de los ecosistemas patagónicos están siendo activamente incorporados a los circuitos humanos. Sin embargo, el uso de las cuencas del interior no es homogéneo. El lago Cardiel fue utilizado intensamente, especialmente durante las sequías hace alrededor de 1.000 años ⁶⁹ en tanto que las evidencias obtenidas en el lago Argentino para la misma época indican desocupación, a pesar de una historia de uso previo de miles de años. ⁷⁰ Ningún área en particular presenta evidencias suficientemente fuertes como para defender un uso ininterrumpido, lo que quizás se relacione con la flexibilidad y movilidad necesarias para adaptarse a un ambiente en permanente transformación por los

lentos cambios climáticos, avances y retrocesos glaciales o catástrofes volcánicas como las ocurridas frecuentemente en la zona andina. Cerca de los tiempos del contacto europeo, existen evidencias de una amplia red de interacciones asociada a una declinación poblacional. ⁷¹

Momentos históricos

El arribo de los europeos y la instalación de centros urbanos como Punta Arenas o Isla Pavón produjo algunos enfrentamientos, pero se tradujo sobre todo en una interrelación comercial, que permitió que los indígenas mantuvieran en parte su modo de vida, adoptando una serie de elementos de los “recién llegados”, tales como: el tabaco, el mate, galletas, alcohol, naipes y armas de fuego. Sin embargo, ellos terminaron privados de sus tierras por el avance inexorable de las estancias ovejeras y diezmados por el alcohol y las enfermedades o adaptándose como pobres marginales al sistema “blanco”. ⁷²

En el litoral del Pacífico, en cambio, no hubo ningún intento de asentamiento permanente ni de apropiación de territorio, aunque sí de recursos como los mamíferos marinos o el ciprés. La extinción de las poblaciones nativas tomó más bien una forma paulatina, con el abandono de sus ridiculizadas creencias y la cada vez menos productiva economía canoera, que fue reemplazada por la mendicidad, la venta de “souvenirs” a los tripulantes de los navíos y, finalmente, la dependencia de raciones y subsidios por parte de la Nación chilena.





Campesinos de la cordillera aysenina

Mauricio Osorio

La noción del tiempo se disipa al amparo del mate: –Se sirve un mate– es una expresión que no sólo invita a degustar esta antigua infusión sudamericana, sino que además insta a desacelerar el tiempo. Una conversación en los campos de Aysén puede significar el asombroso descubrimiento del tiempo como una dimensión distinta, irreal, ausente de la propia noción de devenir. En Aysén nadie busca llegar a ser más desarrollado, más moderno. Se busca por el contrario, el permanente estar-y-ser- junto al tiempo. Hoy se puede estar acá o en aquel otro recodo del territorio. Y mañana, que es un después de días o semanas, se puede estar en el otro extremo, compartiendo como siempre el brebaje que aglutina la diversidad y la empuja a rememorar los orígenes de todos y cada uno.

–Y así fue no más como llegaron acá los mayores– Esta frase cierra el relato del mito de origen de una humanidad que desafía la plena modernidad de otras latitudes convirtiéndose en un refugio más para la esperanza de un mundo a nuestra propia escala.

El campesino de Aysén vive una vida sosegada, que por cierto no está exenta de la violencia, la desdicha y la felicidad. Pero ante todo es una vida sosegada, que acaricia el tiempo como a un fiel amigo.



Aysén.



La ceremonia del mate implica un modo particular de tomar la “pava” o tetera y el “mate”.

◀ Recado de bastos. IX Encuentro Costumbrista de Cochrane, Aysén.



Tierra del Fuego y ambientes marítimos

La arqueología de Tierra del Fuego presenta dos períodos muy diferentes. Uno durante el cual todavía estaba conectada al continente mediante un puente terrestre⁷³ y otra –que comienza hace unos 9.800 años– cuando Tierra del Fuego ya era una isla.

El fin de la era glacial y los comienzos del postglacial

La información arqueológica para el primer período es muy escasa. El alero Tres Arroyos en el cerro de los Onas al interior de Tierra del Fuego, presenta una clara asociación entre fogones, artefactos líticos –incluyendo fragmentos de puntas de proyectil– y restos de caballo, milodón y guanaco.⁷⁴ Varios fechados radiocarbónicos sugieren una edad de unos 13.000 años para las ocupaciones más tempranas.⁷⁵ Se destacan varias semejanzas con las ocupaciones más tempranas registradas en el continente, recordando que en la época de estas ocupaciones el estrecho de Magallanes aún no se había formado. Se puede postular incluso que hubo conexiones directas entre los ocupantes de Tres Arroyos y los de Cueva Fell. Una ocupación datada alrededor del 8.200 a.C., fue descubierta en el alero Marazzi por Annette Laming⁷⁶ muy cerca de Bahía Inútil, pero hay muchas dudas acerca de su validez. En ambos sitios, la subsistencia humana estaba basada principalmente en recursos terrestres.

La evidencia para el período más tardío no es abundante en el norte de la isla. Por ejemplo, en Tres Arroyos las ocupaciones inmediatamente por encima de las del fin de la era glacial están datadas hacia el 400 d.C.⁷⁷ De hecho, la mayoría de los sitios arqueológicos conocidos en el norte de la isla tienen fechas de los últimos 2.000 años.⁷⁸ Si bien las fechas más antiguas de Marazzi están cuestionadas, no hay dudas de que hubo presencia humana en el sitio hacia el 3.500 a.C. y en las costas atlánticas del centro de la Isla, en la desembocadura del río Chico, se han registrado recientemente ocupaciones humanas entre el 8000 a.C. y el principio de la Era Cristiana.⁷⁹



Las poblaciones que habitaban el norte de la isla se concentraban en la explotación de recursos terrestres, haciendo un uso complementario de los recursos marítimos, lo que se manifiesta en una variedad de sitios tanto costeros como del interior.

Debido a este largo hiato, no podemos afirmar que los hombres y mujeres de Tres Arroyos sean los ancestros directos de los onas o selk’nam que habitaban la isla en los últimos siglos, y aunque lo fueran, no hay dudas de que estos indígenas no permanecieron inalterados durante miles de años. De hecho, casi todo lo que se sabe de ellos contradice los hallazgos arqueológicos⁸⁰ y nunca se ha hallado nada directamente asociable al *Hain* o a alguna de las ceremonias Selk’nam más conocidas.⁸¹ Sin embargo, parece razonable que estos restos tardíos sí representen a los Selk’nam o a sus ancestros directos, aunque es probable que lo que vieron los testigos históricos refleje una transformación muy rápida, debido a la declinación poblacional, la mezcla de grupos antes diferenciados⁸² y su concentración en el ambiente de bosques al sur de la Isla Grande.



Momentos históricos

Los Selk’nam sufrieron un fuerte embate con el establecimiento de los “blancos”. Más aislados que los tehuelches del continente, nunca conocieron el caballo ni se adaptaron a la cultura extranjera. Sucumbieron a la abrupta pérdida de sus tierras, a causa de la minería del oro y luego, por la ganadería ovina. Sufrieron persecuciones, matanzas intencionales, y enfermedades que incidieron en un colapso poblacional con mengua de recursos alimenticios y eventos de violencia intestina.

La arqueología del sur de la isla y de los canales del sudoeste ofrece mucho más información arqueológica. Se trata de un ambiente de canales y bosques; un mundo dominado por la utilización de recursos marítimos y por la tecnología de la madera. Efectivamente, tanto la investigación en el Mar de Otway –en los sitios Englefield, Bahía Colorada y Pizzulic⁸³, la parte occidental del estrecho de Magallanes– en los sitios Punta Santa Ana, Bahía Buena⁸⁴–y el canal Beagle central –en los sitios Lancha Packewaia, Túnel 1, Imiwaia y Mischiuen 1⁸⁵–indican que la adaptación marítima comienza hace unos 7.000 años y continúa hasta tiempos históricos. Una sofisticada tecnología en hueso –incluyendo arpones, cuñas y punzones–está asociada con este proceso⁸⁶. Los materiales líticos de estas ocupaciones son generalizados, una propiedad que se ha vinculado a la alta movilidad residencial⁸⁷. Aunque estos sitios están caracterizados por un dominio de restos de mamíferos marinos, moluscos y peces⁸⁸, la fauna terrestre también fue parte de la dieta⁸⁹. Aun en los ámbitos marítimos hay enclaves en donde los recursos terrestres prevalecen⁹⁰. Debe mencionarse que una adaptación similar está presente en los canales del noroeste de Patagonia, por ejemplo en el Seno Reloncaví (Chile), datada entre 6.500 y 4.500 años⁹¹.

Recapitulación

Hemos visto que mamíferos hoy extinguidos están presentes en sitios del norte de la Patagonia, aunque nunca fueron centrales para la subsistencia humana.⁹² Por otra parte, se han hallado restos de grandes mamíferos extintos en sitios localizados cerca de la cordillera, pero nunca asociados a humanos.⁹³ Puesto que los sitios de las planicies orientales donde se documenta tal asociación son más antiguos, es muy probable que el poblamiento de la Patagonia se haya iniciado en esas regiones y que milodones y otros grandes mamíferos de la era glacial ya habían desaparecido de la cordillera cuando arribaron los primeros seres humanos.

Las ocupaciones iniciales de la mayoría de los sitios del norte de la Patagonia muestran que el guanaco no era necesariamente el recurso más importante. Plantas, quizá zorros, a veces huemul o pudú, o mamíferos pequeños aparecen como los recursos más importantes y sugieren la existencia de adaptaciones humanas no centralizadas en el guanaco. Los recursos específicos del bosque, como el pudú o el huemul, raramente aparecen exclusivamente o en grandes cantidades. La excepción son las evidencias de pudú de Marifilo⁹⁴ o de huemul en varios sitios cordilleranos.⁹⁵

Entre los pequeños mamíferos que a veces aparecen asociados con las ocupaciones más antiguas debe destacarse la importancia numérica de los zorros en el sitio Cueva Trafal, la presencia de al menos dos especies de zorro en Epullán Grande, incluyendo al menos una escápula con huellas de corte.⁹⁶ Los huesos de zorro también son importante en Marifilo desde hace unos 5.000 años⁹⁷ y hay importantes asociaciones con restos de zorro en al menos tres de los entierros de Baño Nuevo, ubicado más al sur.⁹⁸ Importa recordar aquí los colgantes realizados en dientes de zorro asociados con los entierros antiguos del sitio Arroyo Seco 2, en las pampas.⁹⁹ La falta de análisis más detallados de esta fauna hace difícil discutir la importancia de estos animales para la subsistencia y el ritual humanos. De todas maneras, estas evidencias de sitios tempranos, claramente señalan una participación más importante de los zorros en el mundo humano que la que tuvieron en tiempos posteriores, cuando fueron recursos ignorados o secundarios.



Huemul hembra marcado. Cerro Tamango, Aysén.
Zorro gris. Pali Aike, Magallanes.



Pinturas Rupestres

Francisco Gallardo

Recientemente, una expedición de espeleólogos franceses descubrió las primeras pinturas rupestres en el archipiélago de la Patagonia. Este es un hallazgo extraordinario, pues hasta ahora se pensaba que las poblaciones de canoeros kaweshkar carecían de este tipo de expresión artística. Las pinturas se localizan en una cueva cerca del océano Pacífico, en la costa de la isla de caliza llamada Madre de Dios. Se trata, por lo general, de figuras rojas construidas a partir de puntos y trazos. Unos pocos motivos parecen aludir a animales marinos y humanos. Sin embargo, las formas geométricas revierten mayor importancia.

Desde los primeros contactos entre los navegantes y la población canoera, sabemos de la extendida práctica de la pintura corporal. Una estrategia visual cuya relevancia en la producción de mensajes debió jugar un papel clave en los diferentes tipos de distinciones creadas para establecer relaciones sociales. De hecho, la mayoría de los encuentros descritos por los europeos mencionan a los nativos ataviados con plumas y sus cuerpos pintados. Más allá del aspecto estético y cultural, las sustancias colorantes debieron ser de considerable valor, pues uno de los navegantes del siglo XVI, participó de una ceremonia de intercambio en la que recibió bolsas con pigmentos rojos.

Los relatos de esta época indican que los diseños corporales eran construidos a partir de puntos y trazos, un patrón de diseño que también ha sido encontrado en objetos de hueso recuperados de conchales del archipiélago de Magallanes. El procedimiento visual es, con pocas dudas, solidario con las pinturas rupestres de la isla Madre de Dios, cuya extensión parece incluir algunos sitios continentales que hasta ahora eran considerados obras de cazadores terrestres. En distintos aleros y cuevas del cerro Benítez al norte de Puerto Natales, se han registrado obras que podrían ser atribuidas a canoeros, pinturas que los arqueólogos han diferenciado de otras al interior del continente en el área de Pali Aike. Entre éstas destacan aquéllas junto al lago Sofía, que presentan grandes diseños construidos con puntos rojos, y otros sitios cercanos a la Cueva del Milodón.

Sin tener la enorme variedad y abundancia observable en la Cueva de las Manos u otros sitios más al norte, estas pinturas rupestres revelan que la tradición de pintar en las paredes rocosas tuvo una amplia dispersión en toda la Patagonia.



Isla Madre de Dios.



Pinturas rupestres Cueva del Pacífico, Isla Madre de Dios (foto: F. Gallardo).



Entonces, desde los mismos comienzos del proceso de colonización humana tenemos evidencias de que los grupos humanos se alimentaron con recursos diversos, en los que sólo ocasionalmente participaron grandes vertebrados, como guanacos, huemules o megamamíferos extintos.

Toda esta evidencia contrasta con el caso observado en los sitios de la estepa del sur de la Patagonia y el norte de Tierra del Fuego, donde el patrón parece ser el de un uso complementario de fauna extinguida durante los primeros tiempos y una concentración en el consumo de guanaco a partir de la extinción. Los megamamíferos presentes incluyen algunas de las más defendibles asociaciones entre humanos y fauna del Pleistoceno de Sudamérica y parece muy probable que hayan sido explotados. De todas maneras nunca constituyen recursos abundantemente representados.

Desde el comienzo el guanaco está bien representado, para posteriormente convertirse en la presa prácticamente única, sólo asociada con lobos marinos en sitios costeros o con choique o huemul excepcionalmente. Sólo más tardíamente hay una inclusión progresiva de los pequeños mamíferos, los moluscos, los mamíferos marinos, las plantas y las aves. Esta diversificación, que comienza a manifestarse hace un poco más de 6.000 años, acompaña al proceso de colonización humana de los ecosistemas andinos y marítimos. No hay evidencias alimenticias de vegetales.

Durante los primeros momentos de la instalación humana en los diferentes hábitats patagónicos, los artefactos líticos fueron regularmente contruídos utilizando las rocas



disponibles localmente, con escasa presencia de instrumentos especialmente elaborados para enfrentar diferentes situaciones. Esta estrategia tiene sentido dentro de las adaptaciones móviles características de esos primeros tiempos. Muchos conjuntos tempranos de piedra tallada de diferentes áreas de la Patagonia no incluyen puntas de proyectil, pero los desechos suelen indicar la existencia de la técnica para hacerlas.¹⁰⁰

Algunas reflexiones mirando atras

Dado que la mayoría de los sitios utilizados para comprender el temprano poblamiento son cuevas, resulta claro que existe alguna distorsión funcional enturbiando nuestra comprensión de esas ocupaciones. Sin embargo, si revisamos la cronología de los diferentes sectores de la Patagonia, el panorama general resulta claro. Un par de sitios en el bosque norteno, al oeste de los Andes, indican instalación humana muy temprana, en tanto que varios sitios presentan edades del Holoceno temprano en las estepas orientales del norte de la Patagonia. Los megamamíferos del Pleistoceno no fueron importantes en esta región. El registro para el Holoceno medio y tardío no es completo, pero indica la dispersión a lo largo de las cuencas de los ríos, además de la costa del Atlántico.

Muchos sitios de las mesetas al sur del río Deseado presentan evidencias de uso antes de la Transición Pleistoceno–Holoceno, con fechas de alrededor de once mil años para la más antigua presencia humana. Los restos de mamíferos del Pleistoceno están presentes en los niveles más tempranos de algunos de estos sitios, pero nunca son numéricamente importantes.

A esto le siguió durante el Holoceno temprano, con un clima más cálido, un uso más intenso y reiterado, centralizado básicamente en la explotación de guanacos.

Más al sur existen fechados radiocarbónicos de la misma antigüedad, incluyendo la actual Tierra del Fuego. La caza y/o uso de megamamíferos del Pleistoceno –principalmente caballo y milodón– es más regular en este sector meridional, aunque siempre en asociación con el uso intensivo del guanaco.

En todos estos casos la evidencia estratigráfica está bien datada por varios fechados, incluye una variedad de instrumentos líticos, ocasionalmente instrumentos óseos, fogones en cubeta y restos faunísticos procesados. Entonces, la evidencia arqueológica para la presencia de seres humanos cerca de fines del Pleistoceno en el sur de la Patagonia es clara y relativamente abundante. Indica que unos 2.000 años antes de la Transición Pleistoceno–Holoceno había cazadores instalados en diferentes lugares de la región y que hace unos 10.000 años buena parte de la Patagonia ya había sido explorada por seres humanos. Comparativamente es mucho más fuerte que la correspondiente al norte de la Patagonia, donde se han demostrado casos de recolección de huesos en Monte Verde o hay leves indicios como en El Trébol.

Las trayectorias culturales posteriores de estas poblaciones, o de aquellas que les sucedieron, fueron variadas, incluyendo la aparición de un modo de vida marítimo en los canales del sudoeste, la especialización en la explotación de guanacos en las mesetas y cuencas interiores y el uso complementario de recursos marinos en las costas del océano Atlántico.

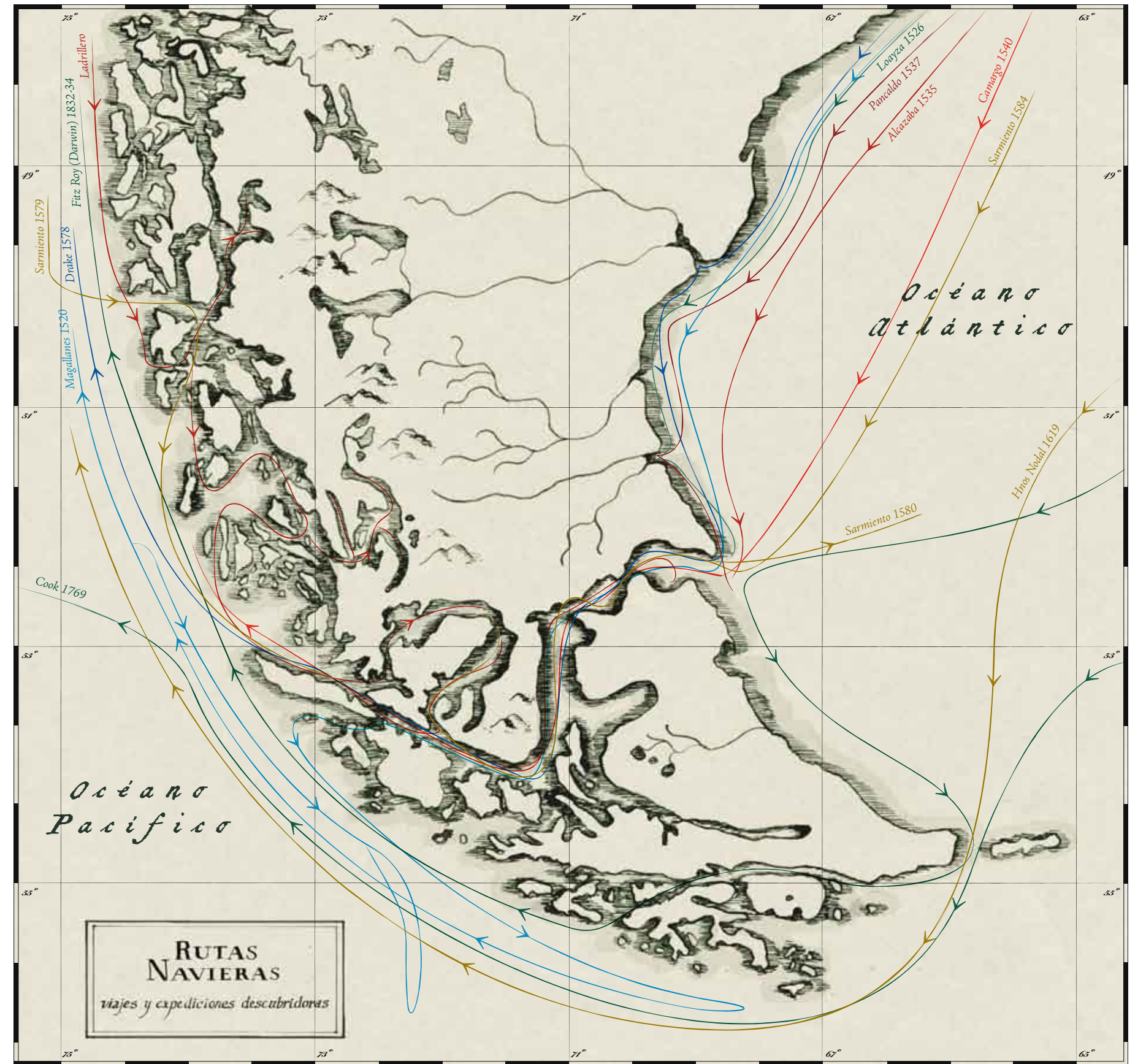
Basadas en una baja demografía, una tecnología más bien simple y un modo de vida dependiente de la movilidad y la apropiación de alimentos silvestres, los pueblos indígenas de la Patagonia no tenían lugar en el sistema nacional e industrial. Aunque no en todas partes hubo un esfuerzo intencional por matarlos, sí se terminó por destruir totalmente su cultura, al punto de que se perdieron su lengua y sus creencias. Gran parte de las personas perecieron también a causa de las enfermedades y falta de alimentos por mengua de recursos costeros por explotación industrial, límites al desplazamiento por alambradas y estancias, y otras causas. Los pocos sobrevivientes debieron adaptarse como “pobres” y “peones” de un sistema ajeno, llegando a casarse con afuerinos y hasta a despreciar sus antiguas costumbres. Ante el actual renacer del orgullo y las identidades indígenas, los estados nacionales están más preocupados de preservarlos, pero las cosas cambian....

Los largos milenios de trayectoria indígena son apenas un recuerdo remoto.





Valle de la Luna, Baño Nuevo, Aysén.





Helechos en bosque valdiviano; Pumalín, Chiloé continental.



Terra Gigantum

Perspectiva histórica de cinco siglos

Mateo Martinic

Hallazgo geográfico, denominaciones y exploraciones (siglos XIX al XX)

El 1º de abril de 1520, Fernando de Magallanes, capitán general de la armada de Malucas, arribaba con sus cinco carabelas hasta la bahía de San Julián, en la costa atlántica donde encontró las condiciones apropiadas para invernar, dar descanso a las tripulaciones fatigadas y hacer un recorrido de las naves. Había zarpado siete meses y medio antes desde el puerto de San Lúcar de Barrameda, en el reino de Castilla, rumbo del oeste-sudoeste con el propósito de encontrar un paso a través del continente nuevo, América, que le permitiera acceder por el occidente hasta la riquísima tierra de la especiería, objetivo económico y geopolítico de su expedición. La posteridad calificaría con razón sobrada a este viaje como la empresa náutica más atrevida y trascendental de cuantas se habían intentado hasta entonces y se intentarían después.

El descanso era, más que necesario, urgente. Los ánimos de la gente no eran los mejores al cabo del prolongado y ajetreado tiempo en el mar. Una suma de fatigas, incomodidades y carencias, como las que solían darse con harta frecuencia en aquellos tiempos, afectaba la tripulación, aumentada por la incertidumbre de encontrar el pasaje interoceánico que se buscaba. Ello, había sido causa de disgustos y turbulencias que todavía se mantenían latentes y que eclosionaron en un motín conjurado y reprimido audazmente por la severa mano de Magallanes.

Ese era, en general, el contexto de razones y circunstancias que habían traído a los barcos que navegaban bajo el pendón de Castilla hasta este desconocido y desolado lugar que en un principio pudo parecer muy poco atractivo por lo yermo y falto de recursos, sin ofrecer un consuelo reparador para sus espíritus. Tal impresión, quizás pudo cambiar cuando aparecieron desde el interior los primeros seres humanos: *Un día en que menos lo esperábamos se nos presentó un hombre de estatura gigantesca*, escribió después el cronista Antonio Pigafetta, embarcado como supernumerario en la armada. *Estaba en la playa casi desnudo, cantando y danzando al mismo tiempo, y echándose arena sobre la cabeza*¹ agregando después de una extensa descripción de aquél y otros aborígenes que después se dejaron ver que [...] *nuestro capitán dio a este pueblo el nombre de Patagones*.² La razón de esta denominación estaba en la semejanza que Magallanes, lector apasionado de libros de caballería, había encontrado entre dicho primer indígena, en cuanto a su aspecto, vestimenta y costumbres, con los caracteres



◀ Campamento aónikenk. Grabado de Bayot, expedición D'Urville (1826-28).

Fernando de Magallanes, “descubridor” de Chile (grabado de Crispin van der Passe, 1590)



atribuidos al personaje mítico Patagón, en el libro que narra las aventuras del caballero Primaleón.

Tales fueron las circunstancias en que se produjo el primer conocimiento europeo de la comarca y el avistamiento y denominación de los aborígenes que poblaban esa tierra. Había nacido así para la geografía y para la historia un nuevo territorio que después de variadas denominaciones sería finalmente conocido, en acrecida magnitud física, como Patagonia.

El mismo Magallanes, luego de reanudar su navegación exploratoria en el curso del mes de septiembre, dio al fin el 1 de octubre, con el estrecho que hoy lleva su nombre. Al acabar de franquearlo a fines de noviembre de 1520 pudo reconocer parcialmente el lado occidental de aquel territorio, con lo que tuvo una primera noción de su vastedad y diversidad física.

Al ilustre navegante portugués le sucedieron muchos otros hasta fines del siglo tanto por el hosco lado oriental de planicies áridas como por los lluviosos canales del occidente. Estas expediciones marítimas permitieron también conocer la costa de la Tierra de los Fuegos, hermana meridional de Patagonia.



Por el interior del enorme territorio terminal de América únicamente se habían aventurado por entonces algunos capitanes salidos de Chile occidental, como Francisco de Villagra (1552) y Diego Flores de León (1621), que cruzaron la cordillera de los Andes por los 41° de latitud e intentaron penetrar hacia el sur por el flanco oriental.

Ellos consiguieron apenas barruntar lo que era ese desmesurado país misterioso que pasó a conocerse como *La Trapananda*, término que usaban los remotos indios comechingones para referirse a un lugar desconocido al sur. Otros capitanes, ahora salidos de Buenos Aires o Córdoba realizaron aproximaciones por el lado septentrional, alcanzando quizás hasta los ríos Colorado y Negro.

Avanzado el siglo XVII y desde una centuria antes, la cartografía había venido recogiendo y consignando las peculiaridades del gran territorio meridional y, al hacerlo, dio al mismo diferentes, sucesivas y alternativas denominaciones. La región del Estrecho, por ejemplo, aparece nombrada como *Regione patagona*, *Tierra de Fernando de Magallanes* y *Tierra de Gigantes*, mientras que más al norte se hablaba de *Patagonum regio* o inclusive se usaron nombres más particulares, como *Trapananda* o *Césares*, referidos a la sección interior noroccidental.

Durante los siglos XVII y XVIII se registraron numerosos viajes de reconocimiento, y aunque su mayoría fueron por la periferia costera, no faltaron las incursiones por el interior. Unas más que otras permitieron perfeccionar el conocimiento de la geografía patagónica. En 1782, por ejemplo, Francisco de Viedma se internó por la sección centro-meridional hasta el gran lago andino que hoy lleva su nombre. En esa misma época Basilio Villarino remontaba en el otro extremo los ríos Negro y Limay para internarse en el corazón de la Neuquenia. Paulatinamente, ese territorio pasó a ser mejor conocido cartográficamente, denominándosele *Tierra Magallánica* o aún *Chile oriental*, *Moderno* o *Exterior*, reservando la denominación País de los Patagones para la zona meridional vecina al Estrecho. A partir



Los primeros cazadores de Tierra del Fuego

Mauricio Massone

Los grupos humanos que pertenecían a la tradición cultural Fell 1 ocupaban hace más de trece mil años el extremo sur de Patagonia, dedicados a la caza de animales que se extinguieron a inicios del Holoceno, como el caballo nativo americano, distintos camélidos y posiblemente también el milodón. Cazaban además fauna actual, como el guanaco, zorro y aves y complementaban su dieta con la recolección de elementos silvestres o del litoral. Era el final del Pleistoceno y los hielos de la última glaciación se habían retirado hacia la cordillera occidental, dejando libres las planicies y lomajes esteparios orientales próximos al océano Atlántico.

Algunos de esos grupos cazadores ingresaron a Tierra del Fuego, antes que terminara de formarse el estrecho de Magallanes. Los estudios paleoambientales permiten conocer que en ese tiempo el nivel del mar se situaba bajo el nivel actual. De este modo, un puente terrestre ubicado entre la actual Segunda Angostura del estrecho de Magallanes y la costa atlántica, unía sur Patagonia y Tierra del Fuego.

Las excavaciones arqueológicas realizadas en la Cueva de Tres Arroyos, en el norte de Tierra del Fuego, entre 1981 y 1999, permitieron encontrar restos de cinco fogones en forma de cubeta entre 70 y 90 cm de profundidad, bajo la superficie. En los fogones y en sus proximidades se encontraron variados artefactos de piedra y hueso asociados. Destaca una punta lítica y algunos fragmentos de puntas que corresponderían al tipo denominado “cola de pescado”. También se encontraron raspadores, raederas y cuchillos, utilizados para faenar los animales cazados y curtir los cueros. Utilizaban como materias primas preferentemente toba, madera silicificada y pedernal para sus instrumentos líticos, que obtenían en su mayor parte de fuentes locales. Entre los artefactos óseos se cuentan secciones circulares en huesos de aves a modo de cuentas de collar. Una de las piezas presenta en la superficie trazos paralelos incisos. Es notorio también un instrumento de borde pulido y redondeado en hueso de caballo nativo. Usaban además sustancias colorantes para la decoración. Entre la fauna asociada a los fogones se cuentan restos de caballo nativo (*Hippidion saldiasi*), milodón (*Mylodon sp.*), camélidos (*Lama sp.*, *Lama guanicoe* y *Vicugna vicugna* o *Lama gracilis*), un felino extinto (*Panthera onca mesembrina*), un zorro extinto (*Dusicyon avus*) y aves. Varios de estos restos se encuentran parcialmente quemados y algunos muestran huellas de acción humana.

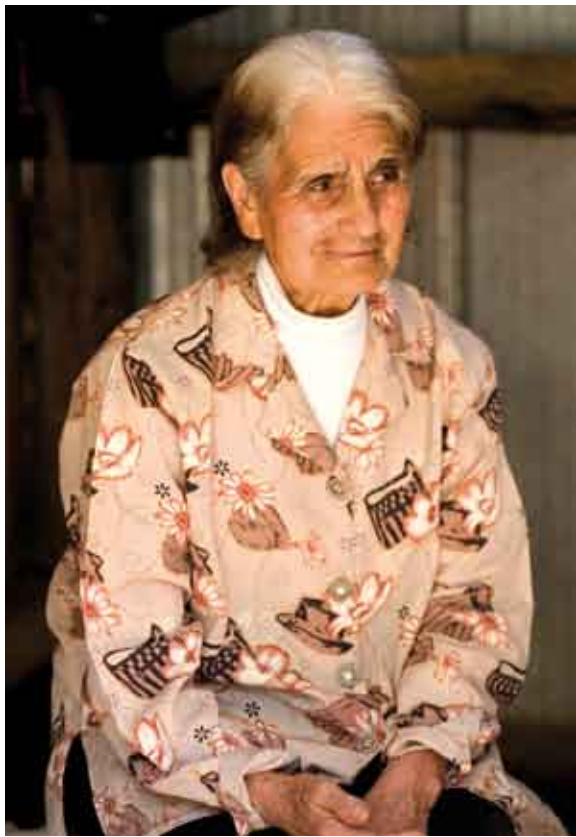
◀ Cueva Tres Arroyos 1 con nieve (foto: M. Massone).



Tres Arroyos.



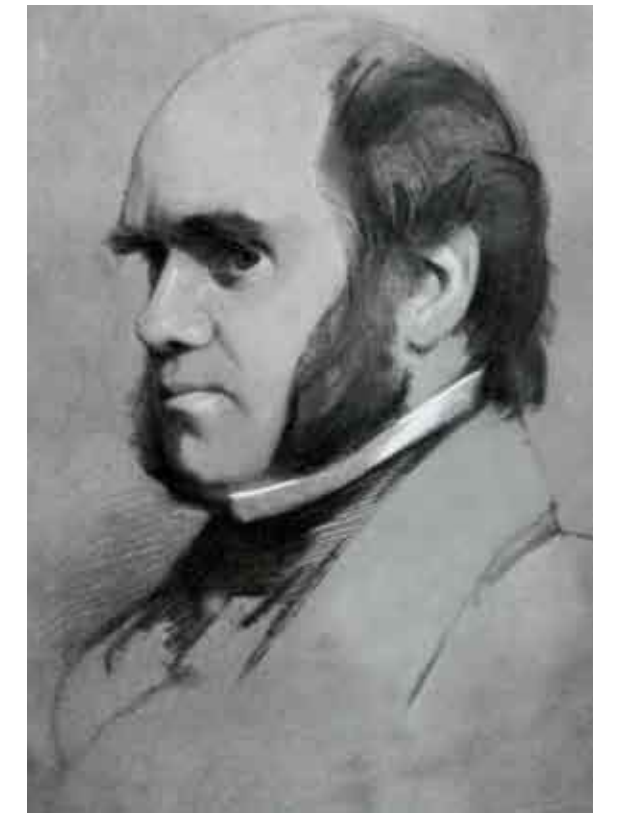
Costilla de caballo americano, asociada a bifaz y lascas, en el nivel Va de la Cueva Tres Arroyos 1, correspondiente a la ocupación humana temprana (foto: M. Massone).



del siglo XIX y durante buena parte del XX tuvieron lugar importantes viajes exploratorios, ahora principalmente por el interior patagónico y penetrando por todas sus bandas con lo que se completaría la noción geográfica y científica del gran territorio que a contar de la primera de las centurias mencionadas, pasó a ser conocido definitivamente como *PATAGONIA*. De entre tantas expediciones memorables por su trascendencia para el conocimiento universal deben mencionarse las comandadas por Phillip Parker King (1826-30) y Robert Fitz-Roy (1832-34) en la cual participó como supernumerario el naturalista Charles Darwin; los viajes de George Ch. Musters (1869-70), Enrique Simpson (1870-73), Francisco P. Moreno (1876-77), Carlos Moyano (1876-83), Ramón Lista (1878) y otros. Entre ellos deben destacarse los estudios motivados por el litigio limítrofe entre Chile y Argentina. Así se cierra un ciclo de esforzadas exploraciones y estudios que tomó tres y medio siglos en su desarrollo e hizo posible el más acabado conocimiento del ahora no sólo extenso, sino diferente, rico, sugerente y atractivo paisaje de la Patagonia, la antigua *Terra Gigantum*, así nombrada por el mito originado en la atribuida desmesura de sus habitantes indígenas, aunque nunca fue tal.

Incorporación al Imperio Español (siglos XVII al XIX)

No había corrido una década desde el hallazgo del paso interoceánico por Fernando de Magallanes, cuando Carlos –Rey de Castilla, Aragón, Granada y Emperador del Sacro Romano Imperio– decidió otorgar la primera concesión sobre la vasta región situada al norte del Estrecho, y lo hizo a favor de la casa bancaria Fugger de Augsburgo, cuyos servicios financieros le habían sido y eran de provecho para sus intereses de Estado. Aunque la concesión era extensísima –abarcando desde el grado 11 de latitud austral hasta el estrecho de Magallanes– no satisfizo a la concesionaria, que acabó por renunciar a ella. Un lustro después el poderoso monarca dispuso nuevamente del vasto territorio, ahora en una concesión de menor magnitud otorgada en favor del caballero portugués Simón de Alcazaba, con la denominación de Gobernación de Nueva León. Como el favorecido fracasó en su empeño poblador y murió en el curso de la expedición destinada a ese objeto, el emperador dispuso luego a favor de Francisco de Camargo, entregándole el sector comprendido entre los 36° S y el paso de Magallanes. Tampoco este beneficiario consiguió establecerse, por lo que las tierras que integraban su concesión tornaron a quedar disponibles. Por ese tiempo, primeros años de la década de 1540, el capitán Pedro de Valdivia había iniciado por el lado del Pacífico la conquista del territorio por él llamado Nueva Extremadura o Provincias de Chile, cuyos derechos obtuvo en primera instancia en 1547, inicialmente delimitados por los paralelos 27° y 41° S con una amplitud de oeste a este de cien leguas españolas medidas desde la costa del Pacífico. Deseoso de ampliar la concesión hasta el mismo paso magallánico, consiguió que se le concediera por real cédula del 29 de setiembre de 1554. Como Valdivia había fallecido antes de conocer la noticia, el capitán Jerónimo de Alderete, que le había representado en su demanda durante la vacancia, la obtuvo para sí por cédula del 29 de mayo de 1555. Alderete murió camino a su gobernación y la acefalía que se generó por tal causa acabó resolviéndose



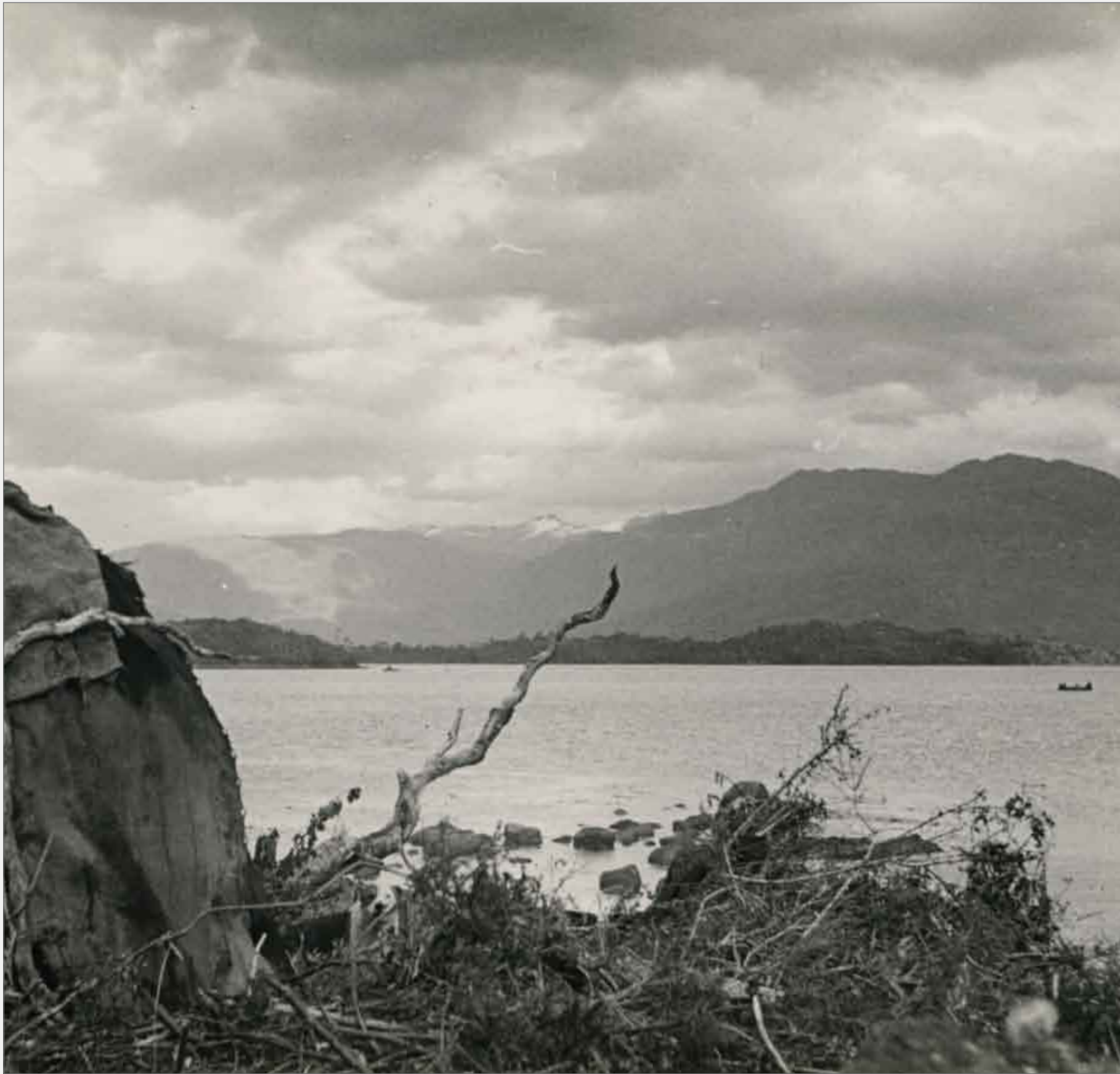


a favor de García Hurtado de Mendoza, quien asumió la Gobernación de la Nueva Extremadura con una jurisdicción territorial que abarcaba desde el grado 27 hasta el estrecho de Magallanes y una amplitud de cien leguas que en la parte austral patagónica representaba una extensión que corría de uno a otro océano hasta aproximadamente el actual cabo de Barrancas Blancas en la costa sur de Santa Cruz. Quedaba entonces disponible el territorio que se proyectaba hacia el norte en amplitud creciente hasta alcanzar el deslinde sur de la concesión otorgada con anterioridad al capitán Pedro de Mendoza (1536), territorio del que el monarca castellano hizo merced en favor del caballero valenciano Jaime Rasquín el 30 de diciembre de 1557. Mientras así ocurría, el gobernador Hurtado de Mendoza envió hacia la Patagonia al capitán Juan Ladrillero con el encargo de reconocer y explorar el estrecho de Magallanes y tomar posesión del mismo y de su territorio aledaño en su nombre, lo que efectivamente sucedió sobre la costa norte de la Primera Angostura del Estrecho el 9 de agosto de 1558.

Pasó el tiempo sin que se registrara acción alguna hacia una presencia hispana permanente en la Patagonia. En el caso de Rasquín ello significó la caducidad de su concesión, la que pasó a manos de Juan Ortiz de Zárate (1570), que tampoco la haría efectiva. Mientras tanto, ya en 1563 el capitán Arias Pardo Maldonado había solicitado merced sobre las provincias de *Chilué y Trapananda hasta el estrecho de Magallanes con ciento cincuenta leguas del hueste á leste* en el lado occidental, petición que al parecer no tuvo acogida por parte de la Corona. Cuatro años más tarde, el capitán Martín Ruiz de Gamboa obrando a nombre del gobernador de Chile, fundaba la ciudad de Castro en la isla de Chiloé, bajo cuya dependencia jurisdiccional quedarían comprendidas, aunque de manera indeterminada, las tierras patagónicas del occidente y del sur. Chiloé sería a partir de entonces el bastión austral del imperio español en América, con vigencia soberana hasta el tiempo de la independencia de los reinos indianos a principios del siglo XIX.

Pasada otra década, cuando la atrevida incursión del corsario Francis Drake por aguas y litorales del Pacífico alarmó como nunca a los españoles, el virrey del Perú, Francisco de Toledo, envió en 1579 al capitán Pedro Sarmiento de Gamboa al estrecho de Magallanes para verificar las posibilidades de su defensa y el poblamiento colonizador de su litoral. Con

su informe favorable, el rey Felipe II decidió enviar una expedición para cumplir tan caros objetivos y defender así la frontera austral del Imperio. En el territorio aledaño al estrecho se establecería además la Gobernación del Reino de Jesús, como expresión política y administrativa de jurisdicción efectiva, cuya titularidad le fue concedida al mismo Sarmiento. Tal ambicioso proyecto fue, como se conoce, el fracaso más sonado del Imperio en suelo americano: la flota más grandiosa y mejor equipada de cuantas habían salido de España hasta entonces, partió en 1581 con rumbo al sur, para llegar finalmente al Estrecho dos años y cinco meses después reducida en naves, disminuida en tripulaciones, gente pobladora y recursos, y abatidos los ánimos de los jefes y de cuántos venían a bordo por contrariedades increíbles de toda especie. Desde el mismo momento del arribo, todo fue desventura e infortunios. Se fundaron dos poblaciones: Nombre de Jesús en la proximidad del cabo Vírgenes y Rey Don Felipe, con carácter de metropolitana, Estrecho adentro en la Bahía de San Blas, vecina a la punta de Santa Ana. En una y otra sus habitantes debieron padecer tanto como para que la primera fuera abandonada antes y la segunda después, tras jornadas tristísimas de dolor, necesidades sin remedio y muerte. Al cabo de tres años, de los trescientos y tantos hombres y mujeres que habían quedado en tierra en 1584, sólo sobrevivía una veintena de individuos desesperanzados y famélicos, de los que apenas uno conseguiría ser rescatado. Así, el sino de la desgracia que tempranamente se había señoreado de la expedición la convirtió en la más completa tragedia. Paradojalmente, ello sucedía cuando el imperio español se hallaba en el cenit de su poderío. El recuerdo de tan lamentable experiencia fue causa suficiente como para desalentar por dos siglos cualquier intento de radicar alguna población en el extenso litoral de la Patagonia. Avanzado el siglo XVIII, y temiendo nuevamente una presencia británica violatoria de su soberanía, la Corona Española comenzó a considerar el establecimiento de una o más poblaciones que permitieran afianzar su proclamado dominio sobre el territorio patagónico. A partir de 1743 se despacharon varias veces órdenes a las autoridades del río de La Plata para proceder en ese sentido, pero estos proyectos sólo se llevaron a cabo a partir de 1778 cuando ya se había creado el Virreinato de Buenos Aires.



Canoeros de los mares de Otway y Skyring

Dominique Legoupil

Las primeras huellas de un grupo adaptado al medio marino de Patagonia se encontraron en los años 50 en la pequeña isla de Englefield (seno Otway) que todavía esconde muchas informaciones sobre este grupo original aparecido hace seis milenios sin que se pueda saber de dónde. Algunos piensan en la adaptación al mar de cazadores terrestres, otros en la llegada de grupos marítimos bajando en canoa desde Chiloé. En todo caso, estas primeras poblaciones ya conocían la navegación y habían tenido tiempo de desarrollar una cultura original tan eficaz que perduró casi sin cambios hasta la época moderna.

Sus armas y herramientas características (puntas de arpones) estaban hechas sobre huesos de cetáceo o sobre una obsidiana verde de origen local. Esta última se encuentra muy ocasionalmente hasta la Cueva Fell al este, y en algunos sitios del canal Beagle al sur, lo que revela la existencia de contactos entre las poblaciones del seno Otway y grupos muy lejanos. La utilización de la obsidiana desaparece durante un tiempo hace 4.000 a 5.000 años en algunos sitios de la zona (p. ej. Ponsonby), lo que podría indicar una falla en el aprovisionamiento de obsidiana o una ruptura cultural más importante.

Los indios canoeros explotaban básicamente mariscos, aves y mamíferos marinos. En los mares interiores, pobres en mariscos, los sitios se reparten entre campamentos de caza de lobos marinos (zona sur del seno Otway, rocosa y centro-sur del seno Skyring) y sitios de caza de aves (pequeñas islas del oeste del seno Skyring). Cada nicho ecológico del universo marino de Patagonia muestra así sus propias características, sin duda, bien conocidas por los indios que los explotaban, no al azar como piensan algunos, pero sistemáticamente, aunque con gran flexibilidad.

Hasta las últimas décadas del siglo XX se podía ver en los mares de Otway y Skyring unas canoas de indígenas cazando las nutrias o explotando el ciprés. La última, Fresia Alessandri Baker (fallecida en 2003 en el seno Skyring), había venido en canoa a remo desde Puerto Edén cuando estaba joven.



Mares de Otway y Skyring.



Grabado “iluminado” de Boat Memory en Inglaterra, joven kaweshkar llevado a su país por el capitán Fitz-Roy y fallecido allá de viruela; grabado Lizars.



Se fundaron así, sucesivamente, los “establecimientos patagónicos”: el Fuerte de Nuestra Señora del Carmen, a la vera de la desembocadura del río Negro, y la Colonia de Floridablanca al interior del histórico puerto de San Julián. El Fuerte y Estancia de San José, en el istmo de la Península Valdés y la Real Factoría de Pesca en Puerto Deseado, cuyas jurisdicciones buscaron dar cobertura territorial a la soberanía hispana en el frente atlántico de la Patagonia.

Pese a la preocupación manifestada, a los ingentes gastos realizados y a los variados trabajos desarrollados, estos “establecimientos” resultaron efímeros y poco fructuosos: tres de ellos fueron abandonados y despoblados por orden real o a causa de circunstancias adversas. En tiempos de la independencia de España, únicamente subsistía el Fuerte del Carmen de Patagones, en el umbral nororiental de la Patagonia. Radicar presencia civilizada en el enorme territorio de los míticos gigantes patagones había resultado toda una contrariedad para el Imperio.

Pero aparte de aquellos intentos de poblamiento colonizador, durante tres siglos se registraron otras presencias que debemos mencionar: las protagonizadas por los misioneros católicos, esporádicas y desarrolladas preferentemente por la banda occidental de la Patagonia, y la de viajeros y mercantes a lo largo del litoral oriental y el estrecho de Magallanes.

La razón de las misiones no sólo era el antiguo afán de “extender la luz del evangelio a los pueblos aborígenes”, sino también la sostenida creencia de existir algún poblado ignoto de españoles en la banda cordillerana oriental del interior de la Patagonia, descrito como un paraje de riquezas y maravillas, conocido como la Ciudad de los Césares ³. A partir de 1620, comenzaron a moverse por los canales septentrionales de la Patagonia occidental, partidas de misioneros en busca de almas gentiles para convertir. Así, se sucedieron los viajes de los jesuitas Melchor Venegas, Juan del Pozo y otros, que no tuvieron más éxito que el conocimiento inicial, aunque somero, del extendido archipiélago boreal de la Patagonia y la tierra firme inmediata, vistos como territorios bravíos y de clima excesivamente lluvioso, apenas apto para la vida de sus habitantes originarios, cazadores y recolectores marinos. Sucesivas oleadas de rumores sobre esta mítica ciudad reavivaron el interés de las autoridades civiles y religiosas en 1639, 1641, hacia 1656-60 y 1662-67, lapsos durante los cuales se despacharon desde Chiloé dos expediciones hacia el sur, en una de la cuales participó el padre Nicolás Mascardi, rector del colegio jesuita de Castro, quien de esa manera asumiría la misión que le motivaría hasta la muerte. Resultando esa empresa infructuosa, como todas las precedentes, Mascardi, alentado por nuevos datos y rumores, decidió traspasar los Andes, lo que hizo en 1670, consiguiendo arribar con algunos compañeros hasta el lago Nahuelhuapi, descubierto medio siglo antes por el capitán Flores de León. Sobre la margen norte de aquel espejo, fundó la Misión de Nuestra Señora para la conversión de los aborígenes poyas. En la primavera de 1671 y a fines de 1672 el misionero emprendió otras expediciones de búsqueda y conocimiento sobre más pueblos indígenas y de noticias sobre los famosos Césares. Durante

estos viajes penetró profundamente hacia el sur por el interior de la Patagonia, alcanzando incluso hasta el estrecho de Magallanes. De regreso, el padre Mascardi se dirigió hacia la cordillera, arribando al parecer a las orillas de un gran lago hacia los 47°S, lugar en que encontró la muerte en 1673 a manos de los indígenas comarcanos.

El interés de la Compañía de Jesús por los aborígenes del lado oriental de los Andes era anterior al primer viaje de Mascardi y databa de mediados de ese siglo. En efecto, como pareció ocurrir ocasionalmente, en 1649 el capitán Luis Ponce de Godoy salió del “puerto de Boroa” en la Araucanía y cruzó la cordillera con el propósito de “maloquear” sobre los indígenas y capturar esclavos para minas y obrajes, lo que consiguió tras un enfrentamiento sostenido con la gente que poblaba la zona del lago Huechulafquén, en el actual Neuquén. Esta incursión predatoria puso en pie de guerra a las tribus mapuche en contra de los españoles de Chile, y el Gobernador buscó aplacar la irritación indígena enviando en plan de paz al sacerdote jesuita Diego de Rosales. Habiéndolo logrado, fundó una misión en las orillas del lago mencionado y luego recorrió toda la región del pie de los Andes en plan evangelizador, alcanzando hasta Nahuelhuapi casi veinte años antes que Mascardi. Sin embargo, aquel establecimiento no sobrevivió mucho tiempo tras el retorno de Rosales al lado occidental.

Con estos antecedentes, la Compañía de Jesús decidió retomar su misión evangelizadora en relación a los indígenas del lado oriental de la cordillera, responsabilidad que se encomendó al padre José de Zúñiga en 1684. Este religioso partió desde Villarrica y fundó una misión en las comarcas vecinas al lago Aluminé, que tampoco sobrevivió tras su regreso a la ciudad.

Recién en 1703, tras el arribo a Chiloé de algunos indígenas evangelizados por el padre Mascardi que expresaron interés en recibir nuevos misioneros, la Compañía de Jesús decidió reestablecer la antigua misión de Nahuelhuapi, encomendando esa tarea a los padres Felipe van der Meeren (o “de la Laguna”) y Juan José Guillermo. Hasta 1716 se





mantuvo vigente la acción y presencia de los misioneros jesuitas en este lago y sus alrededores, empresa en la que rindieron su vida ambos religiosos. Enterado de la infausta noticia, el rector del colegio de Castro envió un nuevo misionero, el padre Francisco Elguea, quien fue también asesinado por los indígenas. Éstos saquearon y quemaron la Misión, dando al traste con aquel esfuerzo evangelizador, puesto que la Compañía de Jesús optó por no exponer más la vida de sus miembros.

A partir de entonces, la actividad misional se contrajo a los viajes marítimos por el flanco occidental, como se había realizado durante el siglo precedente, los que se mantuvieron hasta la expulsión de los jesuitas de Chile en 1767. Años después, a contar de 1778 los religiosos franciscanos, que habían sucedido a los jesuitas en la labor evangelizadora, prosiguieron con los antiguos periplos misioneros, siempre con el doble objetivo de la conversión de almas paganas y el de dar con los inhallables Césares de la Patagonia. En este afán cruzó cuatro veces los Andes entre 1791 y 1794 fray Francisco Menéndez, sin otro fruto que el del hallazgo de los restos de la antigua misión de Nahuelhuapi y un conocimiento mejorado sobre los aborígenes de ultracordillera.

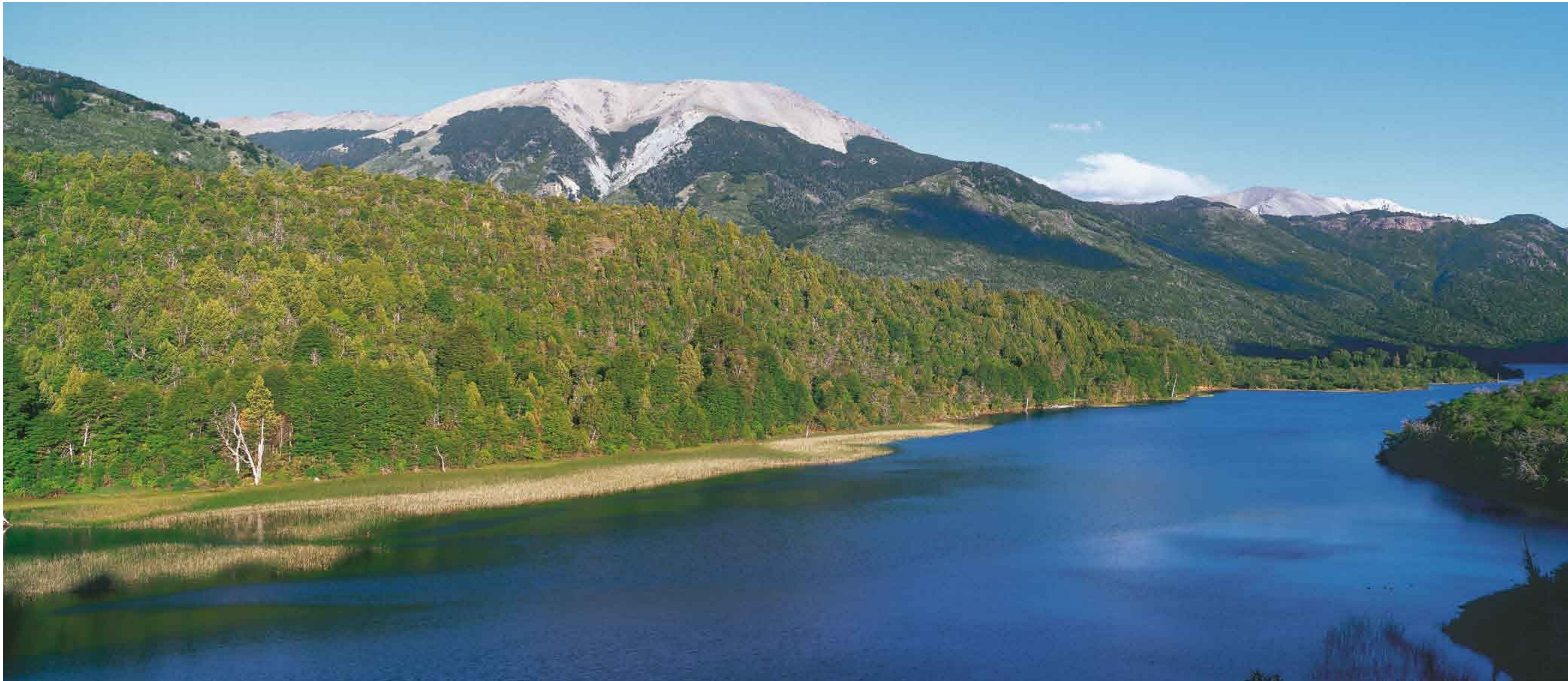
Al promediar el siglo XVIII, el Rey de España se había propuesto llevar adelante la conversión de los aborígenes patagónicos que habitaban o merodeaban por el extenso litoral atlántico hasta el estrecho de Magallanes. En este cometido, el padre José Quiroga, de la Compañía de Jesús, asumió la responsabilidad superior de la empresa, en la



que colaboraron los padres José Cardiel y Matías Stroebel (1745). No obstante el interés de la Corona, el apoyo de las autoridades del río de la Plata y la disponibilidad de los recursos necesarios, la expedición no satisfizo sus objetivos, aplicándose al mejor conocimiento del territorio para el futuro poblamiento de esta extensa costa. En 1748 el padre Cardiel estuvo a cargo de un segundo viaje, recopilando información de primera mano para las acciones de colonización que se intentaron luego en el río Negro, San Julián, istmo de San José y desembocadura del río Deseado.

Tantos como variados esfuerzos desarrollados a lo largo de tres siglos, de poco sirvieron para incorporar a la Patagonia a la jurisdicción efectiva del Imperio Español. El enorme territorio, aunque pretendido de jure por la Corona, en la realidad permaneció al margen del ordenamiento administrativo y del uso económico hispano, deviniendo a los ojos de terceros extraños como una *res nullius*, tierra susceptible de ser ocupada.

Mientras se hacían estos esfuerzos, y más notoriamente a contar de la segunda mitad del siglo XVII se registró el paso ocasional de navegantes, exploradores y mercantes a lo largo de las costas atlánticas y del estrecho de Magallanes, con recaladas en algunos puntos del litoral que devinieron tradicionales (Puerto Deseado, estuario del río Santa Cruz, bahías de Posesión y San Gregorio, Puerto del Hambre) pues en ellos se estableció paulatinamente una interrelación con los “patagones”. Se produjeron de esa manera encuentros pacíficos entre autóctonos y foráneos, con resultado de un progresivo acostumbamiento por parte de los primeros y de la afición por los bienes de los extranjeros, quienes, a su



Lago Guillermo, río Negro.



vez, permitieron, con sus ocasionales tratos, mejorar la noción que se tenía de los indígenas y con ello contribuyeron a desmitificar al aura que rodeaba al territorio meridional. Estos encuentros, por lo general recíprocamente provechosos, se prolongaron hasta pasado el primer tercio del siglo XIX y, en cierto modo, ayudaron a predisponer favorablemente a los indígenas para con los extraños, con lo que a la larga se facilitaría el establecimiento permanente de estos últimos en territorio patagónico.

Los empeños de las autoridades de Chile y río de La Plata por hacerse reconocer como tales por los habitantes aborígenes y sujetarlos a la jurisdicción de la Corona, permitieron a los españoles conocer pueblos más bravíos que los habitantes costeros del oriente y el sur. Éstos, por su parte, se acostumbraron a adquirir –por robo o comercio– cantidad de bienes y productos de la cultura europea que acabarían permeando y modificando totalmente las formas de vida tradicionales, haciéndolos al fin dependientes de los foráneos. El caso paradigmático es el referido a la adquisición y empleo del caballo doméstico a través de la cordillera de los Andes y de las pampas bonaerenses. Este animal constituyó un factor de cambio profundo en la vida de los indígenas del oriente del extenso territorio, desde las faldas neuquinas hasta las playas fretanas.

Así, aunque la cruz y la espada se manifestaron impotentes para dominar a los pueblos autóctonos, el solo contacto intercultural, activo o pasivo, acabaría por manifestarse a la larga como un agente más eficaz de aceptación de la presencia extraña, con consecuencias tardías fatales e irreversibles.

Argentina y Chile se hacen cargo de la herencia hispana

La situación de paz y guerra alternativas que se venía dando entre españoles (y criollos) y aborígenes en el norte de la Patagonia y en la Araucanía cobró un nuevo matiz de preocupación para las autoridades republicanas que luego de la independencia asumieron el gobierno en Chile y río de la Plata (después, Argentina). De diferente modo, los pueblos indígenas de uno y otro lado de los Andes-pertenecientes al gran conjunto de la nación mapuche-que habían acabado por involucrarse activa o pasivamente en la lucha por la independencia situándose en el bando realista, terminaron por acoger a parte de los restos de las fuerzas españolas y se asociaron en una suerte de guerrilla predatoria en contra de los habitantes del norte del Bío Bío, en el lado occidental, y del sur de Cuyo y pampas de Buenos Aires, en el oriental, que comenzaron a sufrir las consecuencias de los “malones”. Contribuyó a ello la presión ejercida desde Chile sobre los insumisos mapuches, lo que intensificó la migración de poblaciones araucanas (los “borogas”) desde el occidente hacia el oriente de los Andes, para desparramarse luego por las planicies norpatagónicas y los campos situados al norte de



los ríos Negro y Colorado. El robo de ganado, de antigua práctica como fruto directo de los “malones”, pasó a dar forma entonces a un verdadero circuito comercial transcordillerano en el que los animales obtenidos en el lado oriental terminaban abasteciendo un mercado informal, pero real en el lado occidental.

Tanto para acabar con cualquier vestigio de resistencia realista en lo que a Chile concernía, como para frenar los ímpetus de la avalancha montonera en lo tocante a las autoridades de Buenos Aires, se registraron acciones de represión y control desde uno y otro lado sobre las zonas del norte de la Patagonia, a veces independientes y otras concertadas. De ese modo, durante la década de 1820 se sucedieron incursiones militares chilenas de persecución y castigo a los montoneros (grupos de antiguos combatientes realistas, indígenas araucanos y pehuenches, y gente fuera de la ley), dirigidos principalmente por los famosos hermanos Pincheira. Estas incursiones culminaron en 1832 en el encuentro de Epulafquén, Neuquén, cuando las tropas del general Manuel Bulnes los derrotaron definitivamente.

El mayor esfuerzo de las autoridades de Santiago se había dirigido, sin embargo, a la isla de Chiloé, para acabar con el último baluarte hispano en Sudamérica. Entre 1823 y 1826, se desarrollaron varias acciones militares, terminando con la derrota realista en la batalla de Pudeto y el subsiguiente Tratado de Tantauco. Éste significó tanto el fin del dominio español de tres siglos, como la consolidación de la jurisdicción de la República de Chile en el territorio conformado por la isla grande de Chiloé y sus dependencias insulares y continentales. Quedaba abierto así el camino hacia el estrecho de Magallanes o, lo que era lo mismo, hacia el sur de la Patagonia, territorio cuya pertenencia había sido incorporada en 1822 al texto de la Constitución.

Del lado oriental de los Andes las acciones se habían desarrollado de modo diferente. Primero, con el avance de la línea de fuertes y fortines, que marcaban la frontera de facto entre los territorios pacíficamente poblados y el habitado por las tribus errantes, al sur del río Salado y hasta los parajes de Tandil y Bahía Blanca, en procura de una zona de seguridad para las poblaciones rurales y los hacendados. Luego, en 1833, como consecuencia de diversos incidentes y escaramuzas, con la expedición militar encabezada por el general Juan Manuel de Rosas hasta el río Negro y con extensiones allende el mismo y hacia el oeste, en plan de castigo a los merodeadores. Quedaría de esa forma configurada una suerte de “frontera móvil” que durante el siguiente medio siglo sería el teatro de la actividad indígena predatoria, cuyo tiempo cenital se desarrolló bajo la jefatura de los caciques pertenecientes a la “dinastía de los Piedra” (Reuquecurá, Calfucurá, Namuncurá). En esta etapa de la relación pacífico-bélica, el antiguo fuerte de Carmen de Patagones cobraría una importancia especial como enclave jurisdiccional argentino en un extenso ámbito dominado de hecho por los indígenas de las pampas y Norpatagonia. Por otra parte, las autoridades bonaerenses a partir de 1810 y con más énfasis desde 1820 habían planteado sus aspiraciones jurisdiccionales sobre el litoral



patagónico oriental en forma de operaciones de control de la caza ilegal de anfibios, de concesiones menores y nombramientos políticos y administrativos.

Entre tanto, Bernardo O’Higgins, el libertador de Chile autoexiliado en el Perú, meditaba y forjaba planes para la incorporación del suelo patagónico a la jurisdicción de la República, sobre la base de los títulos históricos que databan del tiempo colonial. Hacia 1836, los mismos se referían a la ocupación del territorio del estrecho de Magallanes –visto como lugar estratégicamente clave– para establecer allí una colonia nacional y favorecer la navegación interoceánica mediante el empleo de vapores remolcadores. Esta propuesta cobró nueva importancia después del paso en 1840 de los primeros vapores mercantes por el Estrecho. Fue así como el prócer consiguió persuadir a las autoridades chilenas –el gobierno del presidente Manuel Bulnes– acerca de la necesidad y ventajas de tan interesante empresa, que se materializó con la expedición de la goleta Ancud al mando del capitán Juan Williams, que tomó posesión del estrecho de Magallanes y su territorio el 21 de septiembre de 1843 sobre la punta Santa Ana (vecina al emplazamiento de la fallida colonia española de Rey Don Felipe). Este acto fue seguido de la fundación del Fuerte Bulnes el 30 de octubre, como expresión de jurisdicción chilena sobre la Patagonia meridional y la Tierra del Fuego. Ello fue causa de que cuatro años después el gobierno de la Provincia de Buenos Aires, que hacía de cabeza factual de la Confederación Argentina, protestara ante el de Chile, alegando su mejor derecho a ejercer su soberanía en Patagonia, dado el esfuerzo desplegado por las autoridades españolas del río de La Plata sobre la extensa costa oriental.



El arco y la flecha de los Selk'nam

Alfredo Prieto

El arco y la flecha llegaron a la región magallánica hace unos 1.500 años y fueron utilizados casi por todos los pueblos, dependiendo de la importancia de la caza en su economía. Los Selk'nam cazaban guanacos por su intermedio y la provisión de su carne dependía de la destreza en su uso. Es por ello que la arquería tenía que ser muy precisa y su manejo no es tan simple como pudiera pensarse. El sólo estudio de la flecha revela un complejo técnico muy desarrollado, y al decir de Pitt Rivers, debió concitar las mejores mentes de su tiempo en su elaboración y persistencia. En algún sentido, les iba la vida en ello.

Así, aunque el arco mismo –con su cuidadoso biselado y amarre del tendón– es una verdadera obra de arte, este breve espacio no permite detenerse más que en un pequeñísimo pero importante “detalle”, cual es la flecha y específicamente su emplumado. Éste se hacía de modo que propulsaba la flecha de manera rotatoria, aprovechando la curvatura natural de las plumas remeras de las aves. Se trata de una técnica con pocas ocurrencias en América y el mundo. Y los Selk'nam fueron de sus mejores cultores.

La pluma era dividida en dos partes y puestas, una con la curva hacia arriba y la otra hacia abajo, en el extremo posterior del astil. Además, se colocaban ligeramente inclinadas, también inversamente, en diagonales divergentes.

Se estima que la rotación era necesaria para producir un vuelo lo más rectilíneo posible y lograr así, la mayor efectividad en alcanzar de las presas. Era una técnica masculina, practicada, desde la niñez a la vejez. Un descubrimiento notable en el concierto de la América precolombina.



Centro-oeste de Tierra del Fuego.



Arquero selk'nam. Foto Agostini, alrededor de 1915.

◀ Emplumado de flecha selk'nam. CEHA (donación Pisano).



Quedaría así trabada entre las dos naciones una disputa por el dominio de la Patagonia oriental que tomaría décadas en ser solucionada. En tanto la colonia de Fuerte Bulnes, y a contar de 1848, Punta Arenas, harían de “punta de lanza” de la penetración chilena en el sudoriente de la Patagonia, parangonando el rol de Carmen de Patagones en el nororiente del gran territorio.

Los pasos siguientes se mostraron más sostenidos de parte de Argentina. En efecto, en 1854 el gobierno nacional aprobó la propuesta de Enrique Libanus Jones para colonizar en la costa del Chubut, que finalizó infructuosa, aunque sirvió de precedente jurisdiccional una vez que, a contar de 1865 se patrocinó y respaldó la colonización del valle inferior del río Chubut con inmigrantes del país de Gales, los que consiguieron iniciar la primera ocupación colonizadora permanente en el territorio patagónico oriental al sur del río Negro. Surgieron así, progresivamente, diversas fundaciones. Se inició la explotación agrícola y la actividad mercantil y creció la población “civilizada” al amparo del pabellón argentino. Con los ojos puestos en el lejano sur patagónico, el gobierno de Buenos Aires otorgó en 1859 el uso del islote Pavón, en el curso inferior del río Santa Cruz al lobero Luis Piedrabuena, quien a partir de entonces se autoerigió en el atalaya de los movimientos chilenos, los que se empeñó en neutralizar y contrarrestar, procurando ganarse la simpatía de los aónikenk y promoviendo, con su apoyo, la instalación de una colonia argentina en el estrecho de Magallanes (1865 y 1869).

La relación entre los tehuelches meridionales (aónikenk) y los extranjeros fue por lo general pacífica. El intercambio de plumas y cueros de guanaco por galletas, alcohol, mate y otros bienes “occidentales” motivó verdaderas visitas comerciales a la recién creada Punta Arenas. Grabado Theodor Ohlsen, 1884.



Entre tanto, desde Punta Arenas, cuyo adelanto se veía frenado por su condición de presidio militar, sus autoridades se mantuvieron vigilantes y consiguieron paralizar de momento y finalmente hacer fracasar el propósito fundacional de Piedrabuena. En un siguiente paso, luego que disposiciones liberales y de fomento permitieron plantear en debida forma el poblamiento colonizador en la región del Estrecho, las miras chilenas se dirigieron al litoral atlántico, a los estuarios de los ríos Gallegos y Santa Cruz, para establecer en ellos sendas colonias en 1873 y 1874. Aunque en definitiva, ninguno de esos intentos prosperó, Chile mantuvo su reclamo por el dominio del territorio oriental hasta el curso del río Santa Cruz.

Además de estos proyectos de ocupación colonizadora exitosos o fallidos, y en la medida que la controversia se hacía más viva entre las dos repúblicas, sus autoridades, con diferentes énfasis, promovieron o favorecieron la realización de distintas expediciones de reconocimiento del ignoto interior patagónico para conocer sus recursos económicos y tener una mejor información acerca de la cuantía y diversidad de sus habitantes.

En cierto modo, Chile fue el primero en interesarse en la materia con penetraciones en la zona cordillerana limítrofe con los distritos de Llanquihue y Melipulli, por los que habían transcurrido las antiguas vías de los misioneros jesuitas y franciscanos de Chiloé. Esas fueron las excursiones de Benjamín Muñoz Gamero, en 1849, de Francisco Fonk y Fernando Hess en 1856 y la de Guillermo Cox en el verano de 1862-63, la más famosa por sus avatares y aportes a la geografía y la etnografía.

El interés y espíritu aventurero de un marino inglés –George Ch. Musters– le permitió inscribir con merecimiento su nombre en la historia de las exploraciones geográficas sudamericanas al ser protagonista del primer viaje transpatagónico, realizado entre 1869 y 1870, una travesía desde Punta Arenas hasta Carmen de Patagones junto a una partida de aónikenk, siguiendo el camino indígena tradicional por la precordillera oriental. La publicación inmediata de la relación de esta interesantísima expedición fue la causa directa de posteriores exploraciones argentinas.



Por ese entonces, desde el fiordo de Aysén, el capitán de fragata Enrique M. Simpson, de la Armada de Chile, inició un ciclo de cuatro expediciones de reconocimiento por el litoral centro occidental, permitiéndole realizar tres años después la primera travesía transcordillerana en Patagonia.

Argentina, a su vez, promovió una serie de exploraciones, comenzando en 1876 con la expedición del naturalista Francisco P. Moreno en zonas de los valles de los ríos Negro y Neuquén, seguida a fines del mismo año por otra de mayor envergadura iniciada con la navegación corriente arriba del río Santa Cruz, realizada en compañía de Carlos M. Moyano, oficial de la armada argentina. Ella permitió conocer varios grandes lagos andinos, el que se nombró “Argentino”, el descubierto un siglo antes por Francisco de Viedma, y luego un tercero más al norte, que se denominó “San Martín” (actual O’Higgins en jurisdicción chilena). Otras zonas de ese territorio interior subandino fueron recorridas después por Ramón Lista (1879) y nuevamente por Moyano quien en 1880 descubrió el mayor lago de la Patagonia, que bautizó “Buenos Aires” (actual General Carrera en la parte chilena).



Resonancias míticas en el arte actual

Oscar Galleguillos

Desde lo más profundo de la psiquis o alma humana surgen suave e inexorablemente imágenes míticas, impresas en el espíritu de artistas que, a la manera de un Pablo Picasso, instalan el mundo simbólico de nuestros antepasados en nuestra conciencia.

La fuerza de los dibujos constelados en los muros de cavernas como Altamira, Lascaux y Cueva de las Manos renacen otra vez en el impulso creador y sagrado de hombres y mujeres contemporáneos, que tal vez reviven esa experiencia para nosotros como una forma de recordarnos el rito fundacional de la vida. El arte es la palabra que mejor describe esta alquimia creativa, ayer en los muros de las cavernas, hoy en los muros de las galerías y todas las instancias de representación y exposición.

Francisco Coloane y otros escritores de nuestro *“haruwen cultural”*, instalan en nuestro imaginario la cosmovisión confusa y borrosa del humo de un fuego y una tierra que se extingue en la orilla de nuestra memoria, junto a focas, ballenas, ríos, ventisqueros y tal vez, el mismo ser humano. Desde la fotografía, Paz Errázuriz transhuma los márgenes visuales y nos instala para ser mirados desde la imagen por todos aquellos kaweshkar que se aprestan a realizar este último viaje canoero, y nos recordemos en los pliegues de sus pieles y en sus ojos que aún no comprenden la furia redentora de sus colonizadores.

Desde esta perspectiva, es más fácil comprender también las diversas propuestas creativas que se expresan hoy en la música, el teatro, la pintura, el cine, la danza y hasta el circo.

Tal como los Selk’nam “retornaron a sus cordilleras mágicas del infinito” –en el decir de Lola Kiepja– artistas de distintas edades y “tribus culturales” nos traen nuevas propuestas que reinstalan el sentido del quehacer creativo inspirados en el misterio de un pueblo que vivió durante miles de años y que hoy ha comenzado a interesarnos.



La Patagonia.



May Stevens y Cecilia Vicuña, “Exterminio de las mujeres”. Técnica mixta sobre fotografía de Gusinde, colección de la artista.

◀ Carmen Paz Muñoz en obra “Taiyin” de Matan Danza Teatro, inspirada en mitología selknam y presentada en el Museo Chileno de Arte Precolombino (foto: Alexis Diaz, 2006).



En contemporaneidad con Moreno y Moyano, el teniente Juan Tomás Rogers, de la Armada de Chile penetró en 1877 y 1879, explorando desde el sur hasta el lago Argentino, lo que le permitió hacer un reconocimiento de la zona interior occidental del mismo y el descubrimiento para la ciencia geográfica del valioso y bellissimo distrito andino y preandino de Última Esperanza, hoy tan afamado turísticamente.

La modalidad de afirmación de sus respectivos intereses se expresó en la política seguida por los gobiernos en lo tocante al mundo indígena, aspecto especialmente notorio en la zona austral. En este territorio, hábitat de los aónikenk históricos, las autoridades se empeñaron con dádivas y nombramientos honoríficos para ganarse la voluntad de los indígenas y predisponerlos así en favor de sus causas. Ello fue particularmente manifiesto respecto del jefe Casimiro Biguá, quien procuró beneficiarse de su posición ganando por uno y otro lado, conducta que le merecería ser motejado de “camaleón patagónico”. Pero en verdad ello no pasó de episodios de ribetes pintorescos, sin mayores consecuencias.



Mucho más eficaz y trascendente respecto del destino de los aborígenes que habitaban Patagonia fue la decisión adoptada en 1879 por el gobierno argentino en relación a los indígenas del otro extremo de este enorme territorio. En efecto, buscando poner término a sus tropelías sobre las zonas rurales tras el reiterado fracaso de otras formas de contención, se lanzó la operación militar conocida como “Campaña” o “Guerra del Desierto”, desarrollada bajo el comando del general Julio A. Roca. Ésta fue demoledora para el poderío indígena, con consecuencias políticas y económicas, tales como la destrucción del “Estado-tapón” que representaba la presencia indígena entre la zona metropolitana argentina y la Patagonia, y la virtual desarticulación del comercio transcordillerano de ganado robado por los indígenas.



El Reparto Jurisdiccional (1881-1902)

Mientras Chile y Argentina buscaban afirmar sus aspiraciones de dominio sobre la Patagonia, habían continuado las negociaciones diplomáticas en procura de un arbitraje que zanjara la situación. Ambas repúblicas invocaban la herencia colonial en apoyo de sus reclamos, lo que podía darse en vista de la ambigüedad de las determinaciones limítrofes de las antiguas autoridades hispanas. Un primer paso en procura de entendimiento se había dado con el Tratado de 1856, en cuanto al recíproco respeto de los derechos que emanaban del estado territorial vigente en 1810, al momento de la independencia. Siguieron sucesivas propuestas en procura de arreglos transaccionales que no resultaron exitosas, por lo que el arbitraje se impuso como la única posibilidad para un arreglo satisfactorio. Pero tampoco pudo adelantarse en ello y –tras un lapso durante el cual Chile se vio involucrado en la Guerra del Pacífico (1879-84) y Argentina, a su vez, debió llevar adelante la campaña contra los indios de norpatagonia y las pampas– se logró retomar el asunto. De esa manera pudo negociarse y acordarse una solución directa para la prolongada controversia que se formalizó con la suscripción del Tratado de Límites en Buenos Aires el 23 de julio de 1881. El mismo supuso una transacción virtual en que cada república obtuvo lo que estimaba sustancial en la disputa: Chile, el dominio exclusivo del estrecho de Magallanes y sus territorios patagónicos y fueguinos aledaños, y Argentina, la costa atlántica casi en su totalidad. La línea de frontera acordada pasaba por las más altas cumbres andinas que dividían aguas desde el paso de San Francisco hasta el paralelo 52° S; desde allí la línea seguía hacia el oriente por el curso de ese paralelo hasta su intersección con el meridiano 70 oeste, siguiendo por las mayores elevaciones locales hasta alcanzar el vértice de la punta Dungeness, en la separación Atlántico/estrecho de Magallanes. En la Tierra del Fuego el límite acordado seguía el curso del meridiano 68°34' oeste, desde el cabo Espíritu Santo hasta el canal Beagle, continuando por este canal hacia el este. De esa manera, las secciones occidental y meridional insulares le fueron asignadas a Chile, en tanto que la oriental de la isla grande fueguina lo fue para Argentina.

Si bien el arreglo satisfizo en un principio a las partes, no demoró en generar nuevos conflictos al advertirse, según se fue conociendo mejor el territorio andino patagónico, que al sur del monte Tronador el principio geográfico adoptado para el trazado del límite internacional –altas cumbres que dividen aguas– era ambiguo, pues a partir del monte mencionado la línea de las altas cumbres asume, en general, un rumbo más corrido hacia el occidente, mientras que la divisoria de aguas toma otro más abierto hacia el oriente. En la duda sobre cuál era el curso a seguir, y visto que entre ambas líneas mediaba un territorio atractivo y potencialmente interesante, surgió una nueva controversia sobre la zona andina comprendida entre el monte Tronador y el fiordo de Última Esperanza, un territorio ciertamente excepcional por su belleza. De allí que, como primera consecuencia, cada república procuró informarse acerca de las características geográficas del sector en disputa a fin de fundar mejor sus alegaciones en la búsqueda de un arreglo complementario al pactado en 1881.



Alerzal; Parque Nacional Alerce Andino.



Así, entonces, se sucedieron una serie de exploraciones y reconocimientos por una y otra banda de los Andes. Las primeras comenzaron en 1883 y tuvieron por teatro geográfico el interesante distrito de Última Esperanza, donde las aguas del Pacífico cruzan el eje cordillerano y penetran profundamente en la Patagonia subandina. Sus protagonistas fueron el ya conocido teniente Moyano, Agustín del Castillo, también de la armada argentina, y Ramón Lista, otro explorador experimentado. Estas expediciones cubrieron también las zonas precordilleranas de las nacientes de los ríos Coyle y Gallegos culminando en 1892. Mientras así sucedía, en 1885 el gobernador del Chubut, Luis Jorge Fontana, encabezó en 1885 la expedición conocida como de los “Rifleros del Chubut” que incluía una mayoría de colonos galeses y permitió el reconocimiento del rico territorio del oeste chubutense situado allende de la divisoria continental y que fuera recorrido antes por Musters.

Del lado de Chile, finalmente, para cerrar la mención de la serie de exploraciones mayores, cabe referirse a las dirigidas por el capitán de corbeta Ramón Serrano Montaner, de la Armada de Chile, una en la Patagonia occidental septentrional para el conocimiento del río Palena (1885 y 1887) y otra en el distrito de Última Esperanza (Patagonia occidental meridional), dirigida a conocer las cuencas hidrográficas que vierten sus aguas en el fiordo homónimo (1889). El ciclo culminó con la secuencia de expediciones chilenas dirigidas por el geógrafo alemán Hans Steffen, desarrolladas entre 1893 y 1899 sobre los sectores occidental y andino de la Patagonia, en las zonas septentrional y central, al cabo de las cuales se tuvo un apreciable mayor y mejor conocimiento geográfico y noticias de otro orden sobre los territorios comprendidos en el litigio.

A todo esto, en 1898, Chile y Argentina habían acordado el arbitraje de la Corona Británica para dar solución a la controversia y definir así el límite en la Patagonia andina, proceso laborioso que concluyó finalmente cuatro años después, en noviembre de 1902, con el laudo pronunciado por el rey Eduardo VII de Gran Bretaña. En su virtud, se adjudicaron definitivamente las jurisdicciones sobre el territorio comprendido entre las líneas pretendidas por

las partes, aunque sin ajustarse a una ni a otra. Así quedó resuelta la prolongada disputa chileno-argentina sobre el vasto solar patagónico, herencia común del Imperio Español: Chile se quedó con la Patagonia occidental y con sectores menores de la Patagonia oriental, amén del estrecho de Magallanes, y Argentina con la mayor parte de la Patagonia oriental.⁴

Soberana cada república de sus correspondientes partes del territorio patagónico, no demoraron en favorecer su poblamiento civilizador y la explotación de sus recursos naturales, lo que había comenzado mucho antes en Punta Arenas y en el valle del Chubut. Aunque en un principio la colonia de Punta Arenas tuvo un lento y difícil desarrollo, a partir de 1867-68 experimentó un giro crucial en su destino gracias a diferentes medidas de fomento y a una hábil conducción gubernativa. Los cambios se hicieron notorios a poco andar: se multiplicó la población con la llegada de inmigrantes libres, se iniciaron actividades agrícolas, mercantiles, cinegéticas y mineras que sirvieron de fundamento para un desarrollo renovado que se hizo efectivo con la introducción de ovejas desde las islas Malvinas par su crianza extensiva en 1876. Esta actividad mostró en pocos años un crecimiento asombroso, vertebrando el proceso generalizado de la colonia. Por otra parte, su ubicación como puerto sobre la ruta de navegación mercante entre el Atlántico y el Pacífico, especialmente entre Europa y la costa sudoccidental de América del Sur, fue aprovechada con ventaja desde un principio como centro natural de recepción y despacho de personas y cargas, lo que hizo de Punta Arenas desde los años de 1880 la puerta obligada de acceso austral a la Patagonia.

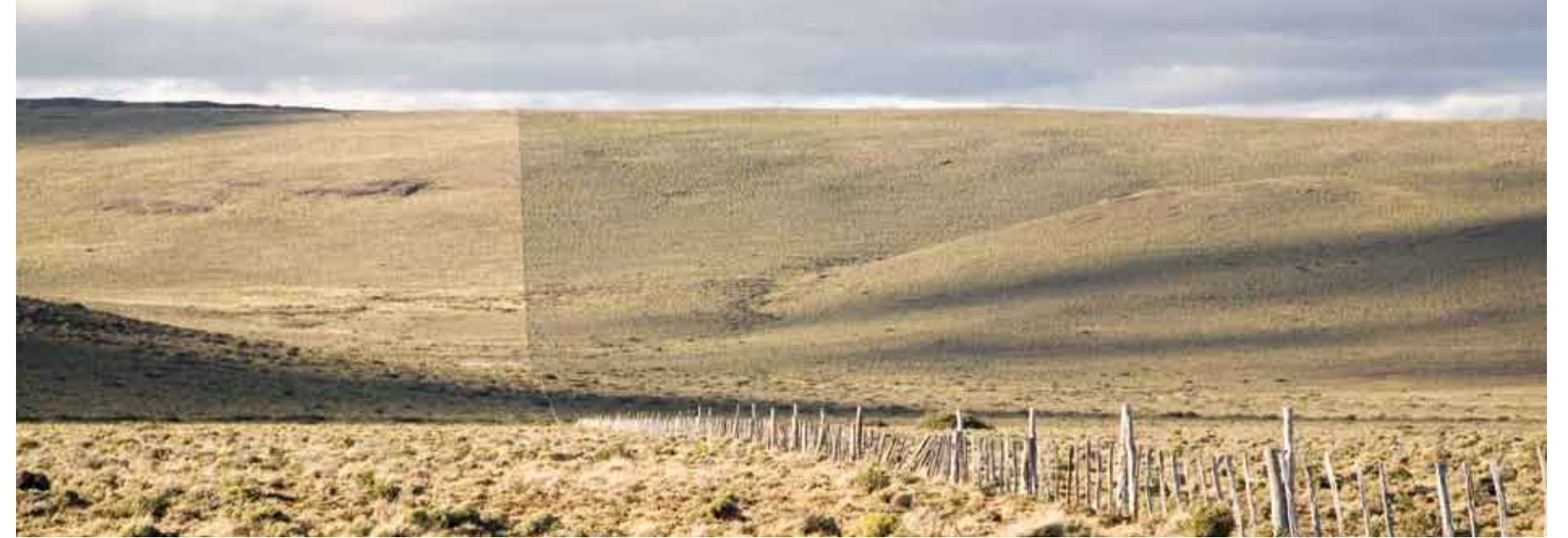
El dinámico crecimiento de la región de Magallanes desbordó la frontera internacional para contribuir al poblamiento y explotación económica de los territorios argentinos aledaños, estimulados por la invitación que hicieran en 1885 el gobernador de Santa Cruz, Carlos M. Moyano y más tarde el propio Presidente Roca (1899). Así, si Punta Arenas había resultado una fallida punta de lanza de la presencia política chilena en el suelo patagónico atlántico, fue asombrosamente exitosa como factor dinámico de penetración económica y cultural. De esa manera, el período comprendido entre



1885 y 1910 registró un progreso generalizado en el sur de la Patagonia (Magallanes y Santa Cruz), donde era visible la hegemonía mercantil y empresarial de la antigua colonia chilena del estrecho de Magallanes. Artífices paradigmáticos de esa expansión eran las firmas Braun y Blanchard y José Menéndez. Aquélla creada y dirigida por Mauricio Braun, sin duda el capitán de empresa más talentoso y visionario de su tiempo, y la segunda fundada por el no menos visionario y tenaz asturiano. Con ellas llegaron las sucursales de las casas matrices, que se ubicaron estratégicamente en diferentes puntos poblados del litoral atlántico sirviendo de núcleos focales de desarrollo para sus correspondientes entornos interiores, de abastecimientos y servicios diversos, todos transportados en naves mercantes de sus matrículas. Luego de una fase de natural competencia por la conquista y dominio del emergente mercado, los personeros de esas empresas decidieron fortalecer una acción común y surgió de ese modo en 1908 la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia, con su sede matriz en Punta Arenas y casas y agencias en los poblados patagónicos hasta el Chubut. Esta sociedad sería un formidable agente de desarrollo comercial para los territorios meridionales argentinos.

El crecimiento del valle del Chubut –el otro foco de poblamiento colonizador anterior a 1881– se afirmó y generalizó tras un inicio de reveses y penurias merced a la reducción militar de los ocupantes indígenas. A fines de los años 1880 comenzó la ocupación colonizadora del rico y atractivo distrito subandino, circunstancia que hizo del mismo un factor autónomo de desarrollo que no demoró en extender su influjo hacia diferentes zonas del interior de la Patagonia central, tanto hacia el norte, rumbo del valle inferior del río Negro, como al sur, por zonas del golfo de San Jorge y la cuenca de los lagos Colhué Huapi y Musters. Hacia uno y otro lado, por distintas direcciones, marcharon pioneros que hicieron surgir colonias pastoriles, establecimientos independientes de crianza, factorías madereras, poblaciones y comercios, amparados por la disponibilidad y liberalidad gubernativas en el otorgamiento de permisos de ocupación y arrendamiento de las nuevas tierras públicas.

En el sur comenzó a poblarse el Territorio de Santa Cruz inicialmente gobernado por Moyano, quien también estimuló la llegada de inmigrantes de las Islas Malvinas con recursos para la implementación de la ganadería ovina, con lo que se tuvo otra calificada corriente pobladora, radicada de preferencia en la zona sudoriental. De esa manera, la frontera



ovina, entendida como expresión delimitatoria de la expansión intraterritorial, se amplió por nuevos rumbos hacia la precordillera por los valles de los ríos Santa Cruz, Coyle, Chalía y Chico, por los litorales y tierras interiores de San Julián y Deseado y por algunos de los sectores más atractivos y aprovechables de las mesetas centrales. Con esos movimientos, surgieron nuevas poblaciones, se trazaron las primeras sendas, se establecieron sistemas de transporte y de comunicación y comenzaron diferentes actividades comerciales, ganaderas, artesanales, administrativas y de servicio.

Pero el ímpetu poblador no se detuvo en el enorme territorio que se abría allí a la colonización, favorecido por la inmigración europea que nutría de brazos y, en ocasiones, de capitales, los diferentes emprendimientos y por la circunstancia de la pacificación definitiva de los indígenas. En el noroeste de la Patagonia, la antigua Neuquenia de los misioneros y maloqueros, la presencia de destacamentos militares permanentes para garantizar la sumisión indígena permitió el surgimiento de núcleos poblacionales y de servicios. Allí comenzó a registrarse desde fines de los años de 1880 y con más énfasis a contar de los 1890 una inmigración espontánea, libre e inorgánica de chilenos procedentes de las provincias vecinas de ultracordillera, que fueron ocupando de *facto* diversos terrenos de pastoreo e instalándose como “crianceros”, además de suministrar mano de obra para otros pobladores que fueron arribando desde la metrópolis argentina o de zonas vecinas al oriente. De este modo, comenzó a tomar forma e individualidad el nuevo Territorio de Neuquén.

En la zona nororiental de Patagonia, valle inferior del río Negro, el antiguo asentamiento de Carmen de Patagones y el más reciente de Viedma, contribuyeron a poblar su vasto entorno rural una vez que la pacificación de los indígenas devolvió la tranquilidad a los campos y se inició el arribo de corrientes de inmigrantes desde Buenos Aires, estimulados por la disponibilidad de tierras públicas, proceso favorecido por disposiciones legales de fomento. Así, poco a poco las mejores tierras del valle inferior, incluyendo las de la isla Choele Choel, vieron surgir poblados menores, establecimientos agrícolas y estancias ganaderas.



Arte y tecnología en el canal Beagle

Dánae Fiore

Existen evidencias arqueológicas que demuestran que la región del Beagle fue poblada desde hace unos 6.700 años atrás. Unos 500 años después comenzó a desarrollarse en la zona un modo de vida cazador-recolector-pescador especializado en la explotación de recursos litorales, caracterizado por el consumo de lobos marinos, moluscos, peces, aves y guanacos y por la producción de artefactos líticos y óseos orientados hacia el aprovechamiento de estos recursos (Orquera y Piana 1999).

Muchos de los artefactos óseos hallados en la región están decorados; entre ellos instrumentos, (puntas de arpón, punzones, cuñas, varillas, etc.), ornamentos (cuentas, pendientes), huesos (sin formatización, pero decorados) y algunos objetos de función desconocida. Los tipos de artefactos más habitualmente decorados son las puntas de arpón y las cuentas de collar. Los diseños decorativos son geométricos y están formados por series de guiones, líneas (rectas, sinuosas y curvas), puntos y figuras. La decoración se realizaba mediante distintas técnicas, entre las cuales se han identificado la incisión, el recorte de la superficie ósea, la presión y el pulimento. Hasta el momento se han hallado artefactos decorados en once sitios de la región del canal Beagle. Las cantidades de artefactos decorados son muy variables entre los sitios: en algunos se hallaron más de cien y en otros solamente uno.

Las puntas de arpones eran los artefactos decorados con diseños más variados y más complejos, lo que indica que la actividad realizada mediante estos instrumentos era muy valorada. Esta significativa inversión de trabajo fue realizada pese a que los arpones son artefactos de alto riesgo de pérdida y/o fractura. Esto sugiere que la gran importancia que tenían los arpones para la subsistencia de sus productores habría sido reforzada mediante su decoración, que quizá habría sido considerada como un aporte simbólico a la efectividad de estos artefactos para la caza de presas.

Estos artefactos, decorados con diseños parecidos, han sido hallados en otras regiones del área magallánico-fueguina, lo que plantea una posible dinámica inter-regional de producción y uso de objetos decorados a ambos lados del estrecho de Magallanes. El arte mobiliario habría funcionado entonces como un antiguo sistema de comunicación visual que contribuía a la construcción de redes sociales del área magallánico-fueguina.



Canal Beagle.



El éxito en la caza del lobo marino era crucial para los antiguos canoeros. Los complejos diseños incisos en estos arpones más que mera decoración, contribuían a su eficiencia (Wulaia, isla Navarino y Túnel I, isla de Tierra del Fuego, segundo componente alrededor de 3.000 a.C.).

Collares de concha kaweshkar. Museo Maggiorino Borgatello, Punta Arenas.



Tierra adentro, hacia los valles medio y superior del río Negro, el doble proceso poblador y colonizador siguió a la pacificación armada, estimulado por las perspectivas agrícolas que brindaba la posibilidad de riego a los terrenos, hecho que devino certidumbre auspiciosa luego de concluidas las primeras obras hidráulicas en 1884. Se creó entonces la Colonia General Roca, poblada inicialmente por soldados veteranos de la Campaña del Desierto y luego por inmigrantes de diferentes nacionalidades, especialmente labradores italianos. Surgió un potente foco de desarrollo dinámico y de progreso generalizado, incentivado además por la llegada del ferrocarril, circunstancia que favoreció las comunicaciones y el transporte así como el abastecimiento y la salida de las producciones de toda la amplia zona del valle superior y de la contigua a la confluencia de los ríos Negro y Neuquén.

A principios del siglo XX en el noroeste rionegrino y sudoeste neuquino se desarrolló una colonización empresarial sui generis originada en Chile, en la ciudad de Puerto Montt, como una suerte de eco histórico de antiguos movimientos misionales y exploratorios. Protagonizada por la “Sociedad Comercial Chile-Argentina” –creada en la mencionada ciudad por la casa comercial constituida por los inmigrantes alemanes Federico Hube y Adolfo Acheliss– que adquirió grandes extensiones de terrenos pastoriles excelentes en Neuquén sobre los que se instalaron seis importantes estancias, sobre todo para la crianza ovina. Para su mejor atención, uno de sus factores, Carlos Wiederhold, fundó el poblado de San Carlos sobre la ribera sur del lago Nahuelhuapi (1904) que pasó a servir de centro para la intercomunicación con la casa matriz de Puerto Montt, para el abastecimiento y la exportación de los productos de la ganadería y otros rubros económicos. Extendieron hasta acá sus actividades empresariales, tales como aserradero, molino harinero y otras industrias derivadas de la agricultura y la ganadería. Ello exigió la introducción de la navegación a vapor en el lago Nahuelhuapi, comenzando con un barco que se trajo desarmado través de los Andes. Se estableció un eficaz servicio de transporte de personas y cargas, con hotelaría y bodegas anexas, comunicaciones telefónicas y caminos. La compañía “Chile-Argentina” fue, sin dudas, un factor dinámico de actividad creativa que si bien privilegió sus propios intereses, favoreció, asimismo, a los pobladores de su área de influencia, haciendo posible el desarrollo de un nuevo centro de desarrollo autónomo, como lo es el actual Bariloche.

Hacia la Patagonia central, sur del Chubut, la creación de la nueva Colonia Pastoril Escalante, con participación de inmigrantes sudafricanos boers y sus correspondientes capitales, conformó desde principios del siglo XX un nuevo factor de desenvolvimiento rural, del que se favoreció el incipiente poblado litoral de Comodoro Rivadavia, habilitado para el servicio de abastecimiento y salida de producciones de las colonias y pobladores de las zonas interiores chubutenses y santacruceñas tributarias del golfo de San Jorge. Ese centro vio alterada su tranquila evolución a contar de 1907 cuando la búsqueda de agua para el suministro de sus vecinos condujo, inesperadamente, al hallazgo de petróleo.





Ello acarreó en poco tiempo un cambio asombroso, estimulado por las cuantiosas inversiones que requirió la subsiguiente explotación del hidrocarburo, por las obras directas e indirectas, por la mano de obra demandada, el consiguiente aumento de la población y por los servicios que requerían estas instalaciones.

En la Patagonia central chilena, el término del antiguo pleito limítrofe permitió al Estado disponer de una ingente cantidad de terrenos para uso económico. No obstante su condición de territorio bravío, abrupto, montañoso, despoblado y de difícil acceso, el interés empresarial motivó la entrega de diferentes concesiones latifundarias como había acontecido también en zonas occidentales de la Patagonia argentina, en el caso de The Argentine Southern Land Co. bajo compromisos de explotación que en la mayoría de los casos no pasaron de ser meras promesas. Entre esos emprendimientos estuvieron los originados en el interés de la casa Braun y Blanchard de Punta Arenas, que inspiró y contribuyó a constituir de la Sociedad Industrial del Aysén (1903) y la Compañía Explotadora del Baker (1904), para establecer la colonización pastoril en las grandes cuencas de los ríos Aysén y Baker, respectivamente.

Se inició entonces un laborioso proceso colonizador empresarial que en breve resultó exitoso en el río Aysén, pero que fracasó en río Baker (1908), intento que se reemprendería años después, ahora con mejor suerte, bajo la inspiración y conducción pioneras de Lucas Bridges (Hobbs y Cía, 1922 y Sociedad Ganadera “Valle Chacabuco”. 1941). Otra iniciativa empresarial exitosa fue la iniciada en 1905 por la Compañía Anglo-Chilean Pastoral Ltd. sobre su gran concesión del Valle del río Cisnes, con el establecimiento de una importante estancia ganadera, actividad que sería sucedida por su continuadora legal, la Sociedad Ganadera río Cisnes. Allí, en la Patagonia septentrional y central chilenas en sectores fronterizos con la Argentina se dio también un proceso colonizador espontáneo y libre protagonizado por colonos procedentes del suelo patagónico oriental. Eran, en su gran mayoría chilenos que habían ingresado como pobladores a Neuquén o el alto Chubut y se habían desperdigado al sur por la precordillera. Sin esperanza de adquirir terrenos por causa de su nacionalidad y motivados por la posibilidad de conseguirlos en la antigua patria, fueron penetrando paulatinamente desde Futaleufú en el norte hasta el lago O’Higgins/San Martín en el sur, llevando consigo a sus esposas e hijos, muchos de ellos nacidos en Argentina y sus ganados, carros y enseres como modesto capital generado en años de laborioso esfuerzo.

Este proceso colonizador sobre terrenos fiscales vacantes de la sección subandina oriental del Territorio de Aysén procedente de suelo extranjero constituye un fenómeno social atípico en la historia chilena. Los arribados debieron disputar a la voracidad fundiaria de las compañías ganaderas, complementando la actividad económica rural, activando el poblamiento y, al fin, la institucionalización administrativa y el desenvolvimiento general de la región.





La música del Hain fueguino

José Pérez de Arce

La celebración del Hain o rito de iniciación, era la máxima expresión artística del pueblo Selk’nam. Los cantos, teatro, disfraces, pantomima, escenarios, coreografías y danzas duraban meses. Cada acto se preparaba con minucioso detalle. La música tenía un papel preciso; cada espíritu tenía un canto propio, y sus variaciones denotaban los cambios anímicos del personaje.

No había instrumentos musicales, sólo la voz y en ocasiones golpes con pieles o palos, que ayudaban a crear una atmósfera. No era necesario más: en el profundo silencio del entorno, el canto era sentido como un acto de gran profundidad anímica, tanto así que sólo escuchar una melodía específica, desencadenaba una secuencia de respuestas comunitarias. Por ejemplo, cuando aparecía un Matan –uno entre muchos espíritus representados por una persona mediante dibujos corporales, movimientos y sonidos específicos–, anunciaba su presencia con un prolongado “lo...lo...lo” producido por dos hombres cantando simultáneamente a distinta altura, separando las sílabas por silencios, canto que se prolongaba inalterable durante media hora. Por mientras, las mujeres también lo llamaban cantando “ho...ho...ho”.

Matan era un chamán poderoso, bonachón y ágil. Después de esperar largamente aparecía súbitamente, como emergiendo por el fogón desde el centro de la tierra; el “actor” daba un ágil salto desde el interior de la choza, al mismo tiempo que otro lanzaba un puñado de cenizas. Quedaba quieto, de espaldas, extendiendo su brazo izquierdo lo más posible hacia atrás a la altura del hombro, con la mano extendida y los dedos separados. Repentinamente movía el brazo estirado hacia adelante hasta que su puño cerrado se detenía a unos centímetros del hombro derecho, al tiempo que dejaba oír un “sss” que crecía y luego disminuía rápidamente. Luego volvía a saltar. Apenas apoyaba una pierna, saltaba a la otra varias veces, y luego en el mismo lugar daba saltos hacia arriba con las piernas unidas, doblándolas de modo que los talones golpearan los glúteos. Repetía varias veces esta coreografía y haciendo nuevamente “sss” mientras hacía el brusco movimiento con el otro brazo en dirección a la choza regresaba rápidamente, con movimientos que nunca se interrumpían, hasta desaparecer.

Las voces eran roncas, gruesas. Las mujeres tenían voces que a nosotros nos podrían parecer masculinas, como la de Lola Kiepja, la única de esta tradición milenaria que fue grabada y ha llegado a nosotros con claridad.

◀ Los “espíritus” del Hain selk’nam (dibujo José Pérez de Arce).



Centro-oeste de Tierra del Fuego.



Matan. Foto Gusinde, 1923.



Vale hacer un alto en la relación para apreciar lo ocurrido en la Patagonia entre 1881 y 1910, año en el que las repúblicas de Chile y Argentina celebraron el centenario de su independencia, época por la que podría darse por concluida la consolidación del proceso de ocupación territorial. Si para el tiempo de la suscripción del tratado de 1881 la población no indígena rondaba las 5.000 almas en la totalidad del inmenso territorio, para 1895, año de recuentos censales simultáneos en Chile y Argentina el número de habitantes era de 28.564 en el territorio argentino y de 5.170 en el chileno de Magallanes (Aysén estaba todavía despoblado), o sea, sobre 33.000 personas, indígenas incluidos. A principios del siglo pasado, la población había crecido hasta sobrepasar los 110.000 individuos (93.211 en suelo argentino según el censo de 1912 y 17.330 en el chileno, de acuerdo al censo de 1907), lo que significaba el triple de la cantidad de habitantes.

En lo referido a la riqueza económica, basta señalar algunas cifras importantes de la economía patagónica: si para 1880 el total de cabezas ovinas, bovinas y equinas en todo el territorio no superaba los 5.000 animales, tres décadas después las dotaciones enteraban 12.000.000 de ovejas, casi un millón de vacunos y medio millón de caballos. Habría que añadir una producción anual derivada de varios miles de toneladas de lana, cueros y subproductos industriales, de una variada e importante producción agrícola y maderera, así como de una creciente producción de petróleo y sus derivados.



Civilización y Progreso (siglo XX)

Las nueve décadas que siguieron a 1910 hasta el fin del siglo XX han registrado un crecimiento sostenido –aunque con altos y bajos– a lo largo y ancho de la Patagonia. La crianza ovejera alcanzó rápidamente tales proporciones numéricas, nivel tecnológico y calidad productiva que en poco tiempo dio prestigio mundial al territorio, destacándolo como una de las regiones productoras importantes del planeta. La dotación ovina para 1930 bordeaba los veinte millones de cabezas, la mitad de ellos en los territorios de Santa Cruz, Magallanes y Tierra del Fuego, y alcanzó su máximo histórico al promediar el siglo, con 25.000.000 de animales. A partir de entonces, sin embargo, se inició un proceso paulatino de decrecimiento que redujo la masa ovina patagónica a poco más de 10.000.000 de cabezas hacia el año 2000, debido al progresivo deterioro de las pasturas y procesos erosivos causados por el sobrepastoreo y deficiente manejo aunque, en cierto modo, se ha conseguido mantener el elevado estándar de calidad cimentado por más de un siglo de actividad productiva, no obstante la reducción porcentual en la generación del producto interno bruto y en la importancia social de la actividad. Coetáneamente, la masa bovina se situó en su mejor nivel histórico al registrar hacia fin de siglo sobre 1.200.000 cabezas, de las que más de la cuarta parte pastoreaban sobre las regiones patagónicas chilenas, destacando una producción de creciente calidad.

En cuanto a la otra producción típica de Patagonia, la de hidrocarburos, a los yacimientos originales del sureste del Chubut se sumaron los de Plaza Huincul y Cutral-Có en Neuquén (1916), los de Tierra del Fuego y Cuenca Central a partir de 1945 y el Flanco Norte de Santa Cruz desde fines de los años 1950, con una producción creciente de petróleo. De hecho, ésta superó en 1925 el millón de metros cúbicos anuales y hacia el tercio final del siglo se había multiplicado varias veces, agregando además una cuantiosa producción de millones de metros cúbicos de gas natural y una variada e importante transformación industrial de esas materias primas para la producción de diversos combustibles líquidos. Toda esta actividad había significado un colosal despliegue de obras y una ingente inversión privada y de entes estatales, que había hecho posible una infraestructura productiva de importante magnitud y amplia cobertura geográfica en



forma de refinerías y plantas diversas, gasoductos, oleoductos, poliductos y demás. Como fuente de empleo bien remunerado y como agente multiplicador de un desarrollo dinámico y modernizador, la explotación de hidrocarburos desplazó antes del medio siglo XX a la tradicional actividad ovejera en algunas partes de Patagonia.

De creciente relevancia, sobre todo para la zona productora del alto valle del río Negro ha sido la agricultura y la fruticultura, que según corrió el tiempo consiguió niveles de calidad y cantidad tales que cimentó un prestigio bien ganado hacia el exterior. También han alcanzado significación otros rubros de la producción económica, tales como la minería del carbón y el hierro, las industrias varias, el comercio y los servicios, del mismo modo que en época reciente lo es la salmonicultura en la Patagonia chilena, que ha alcanzado rango mundial. Pero, lejos, el turismo receptivo ha pasado a ser la actividad dinamizadora de la Patagonia a partir de la segunda mitad del siglo XX, al punto de hacer de la misma uno de los puntos más valorados del mundo. Dotada con una riqueza escénica y de vida natural en gran parte todavía prístina e intacta, recursos amparados por un sistema de parques nacionales y reservas para su conservación y manejo con provecho para la comunidad que únicamente en lo referido a la Patagonia chilena comprende casi 12.000.000 de hectáreas, y con una completa infraestructura de apoyo, la Patagonia ofrece un campo ilimitado y excepcional en cuanto a sus posibilidades de desarrollo sustentable para el turismo masivo y especializado, con beneficios multiplicados de orden económico, social y cultural.

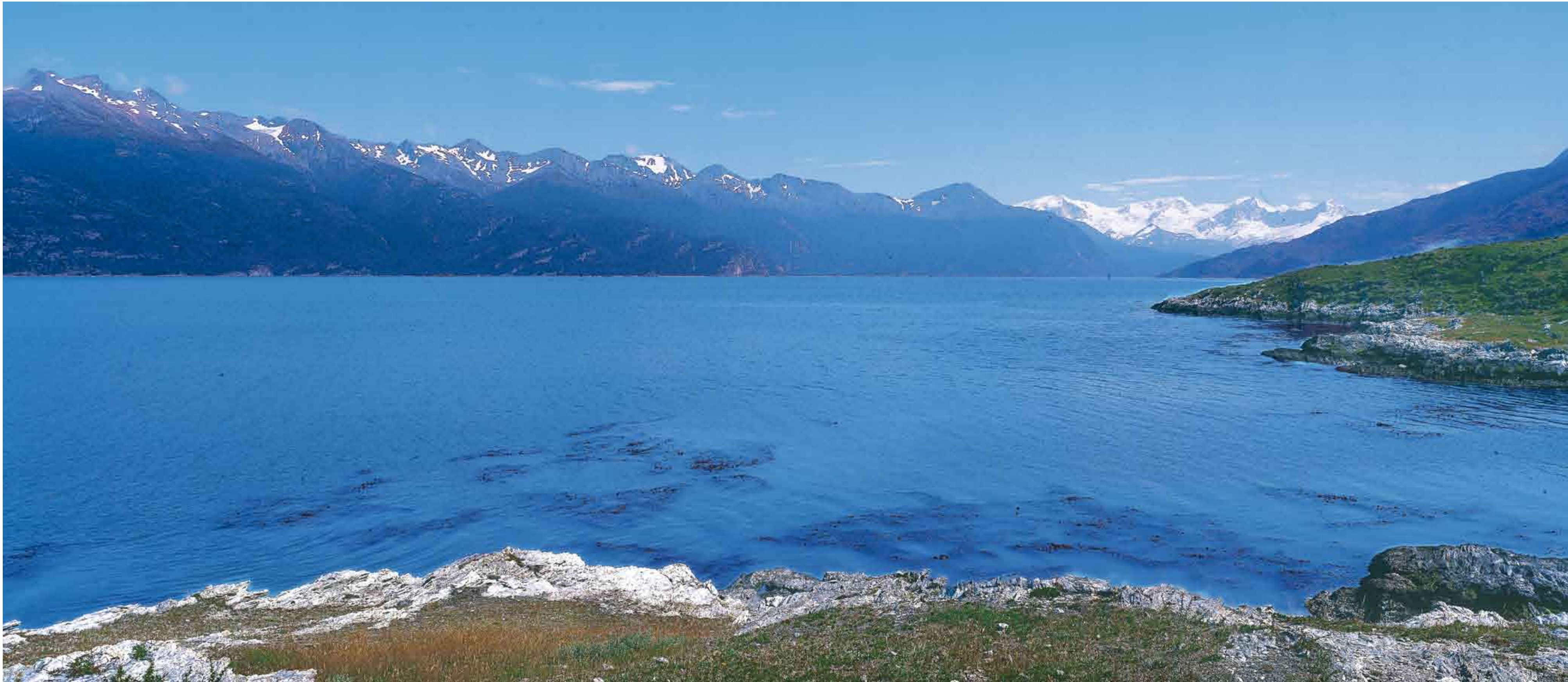


Mención especial merecen otros recursos naturales, unos inagotables y otros en cuantía difícilmente mensurable, como son los casos de las potencialidades hídricas, eólicas y solares y los de los yacimientos de carbón sub-bituminosos, tenidos en este caso como los más ricos de Sudamérica.

Por fin, cabe señalar los adelantos de todo orden en la infraestructura de comunicaciones y transportes que cobró mayor importancia desde los años de 1940 con las obras viales troncales en suelo argentino, favorecidas por las condiciones geográficas y cuyo progreso se ha hecho paradigmático con la construcción de la Carretera Austral que vertebró la Patagonia chilena septentrional y central, obra sorprendente por los desafíos naturales y tecnológicos que supuso su construcción, del mismo modo que por la cuantía de recursos que demandó. En el presente, la conectividad intraterritorial patagónica y con el exterior ha alcanzado un nivel de cobertura (vial, aérea, marítima, telecomunicaciones) más que satisfactorio.

La población patagónica ha crecido durante el siglo XX hasta el punto de multiplicar casi veinte veces la cifra de habitantes conocida para 1910, totalizando en el lapso 2001-2002 dos millones de habitantes . ⁵ Las cuatro quintas partes de esa población se concentran en las ciudades y el saldo conforma el desperdigado mundo rural. Las ciudades patagónicas, en general, han mostrado un desarrollo urbanístico y edilicio notable, con excelente edificación pública y privada, amén de espacios de agrado para dar a sus vecinos la mejor calidad de vida. Más allá de lo económico, la educación y la cultura han sido esenciales para el pleno desarrollo de estas regiones, destacando el papel de varias entidades privadas y –muy especialmente– el de la Congregación Salesiana, cuyo rol dinamizador de las artes y la ciencia desgraciadamente se limitó en gran medida a Magallanes.

Vivir en la Patagonia -donde el sentido pionero de la existencia permanece a flor de piel- constituye un agrado para sus habitantes, sean ellos nacidos o aquerenciados en el territorio, que no obstante cualquier limitación que pueda constatarse, dista de las situaciones de agobio moral en que se encuentran otras sociedades del planeta. Se disfruta en ella, particularmente, de la inmensidad geográfica con espacios de libertad sin límites que satisfacer el espíritu en plenitud.



Yendegaia, canal Beagle.

Agradecimientos

Margarita Alvarado
Miguel Ángel Azócar
(Museo Nacional de Historia Natural; DIBAM)
Jaime Backit
Cristina Bellelli
Silvana Buscaglia
Pablo Carrasco, Cristián Saucedo y Paula Herrera
(Conservación Patagónica)
Gino Cassasa
CONADI (proyecto Estudio prospectivo de pinturas rupestres atribuibles a canoeros en Magallanes, 1ª Etapa. Corporación Nacional de Desarrollo Indígena de Punta Arenas y Universidad de Magallanes)
CONAF-Monumento Nacional Cueva del Milodón
Florence Constantinescu
Enrique Couve
FONDECYT (proyecto 10501039)
Nora Franco
Leonel Galindo
Mario González K.
María Paz Hargraves
Walter Hombauer
Pablo Huneeus
Oscar Lanfré
Felipe Maturana
Ismael Martínez
Colin McEwan
Carla Möller
Flavia Morello, Alfredo Prieto y Gabriel Bahamonde (Centro de Estudios del Hombre Austral, Instituto de la Patagonia, Universidad de Magallanes)
Museo Histórico e Industrial Bories
Museo Maggiorino Borgatello
María Onetto
Hernán Ovando P.
Iván Peña
Mauricio Quercia (Museo Regional de Magallanes, DIBAM)
Daniel Quiroz
Mirza Ruiz y Jorge Muñoz (Biblioteca Instituto de la Patagonia, Universidad de Magallanes)
Carlos Vega
Alejandro Vega
Cecilia Vicuña
Claudio Vidal
Esteban Villarroel
Y tantos otros amigos tanto en Chile como en Argentina

Autores

Luis Borrero
Licenciado en Ciencias Antropológicas y Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Buenos Aires. Investigador Independiente del CONICET y Profesor Titular de la Universidad de Buenos Aires. Autor de más de 200 artículos, tres libros y varios capítulos de libros en su país y el extranjero. Es uno de los arqueólogos que más ha contribuido en los últimos años a reformular la visión de la arqueología de Patagonia, incluyendo su internacionalización y la formación de equipos interdisciplinarios de gran productividad en el continente y Tierra del Fuego.

Dánae Fiore
Licenciada en Antropología Social de la Universidad de Buenos Aires y Doctora en Antropología Social por el University College de Londres (Ingl.). Autora de varios artículos sobre arte fueguino y arte rupestre patagónico.

Francisco Gallardo
Licenciado en Antropología con Mención en Arqueología (Universidad de Chile). Investigador del Museo Chileno de Arte Precolombino y miembro del Consejo de Antropología. Especialista en teoría semiótica aplicada tanto al audiovisual indígena como al arte rupestre. Dedicado por muchos años al arte rupestre del Norte Grande de Chile, en el último tiempo se ha interesado en el arte rupestre patagónico, participando en el proyecto de análisis y relevamiento de las pinturas en Isla Madre de Dios.

Oscar Galleguillos
Economista de profesión, pero entusiasta gestor cultural y especialista en filosofía y diseño oriental. Presidente del colectivo “Fuego Ancestral”, que tiene por objetivo acercar a académicos y artistas en torno al patrimonio intangible de los indígenas fueguinos, para canalizar un amplio movimiento y evitar que derive exclusivamente a una moda superficial.

Dominique Legoupil
Doctora en Arqueología Investigadora del Centre National de la Récherche Scientifique y la Université de París V.I Doctor Honoris Causa por la Universidad de Magallanes. Sucesora de Annette Laming y Joseph Emperaire en la dirección de los proyectos de la Misión Arqueológica Francesa en Magallanes. Autora de numerosos artículos y varios libros sobre prehistoria de los canales patagónicos, varios de ellos sobre los mares de Otway y Skyring

Mateo Martinic
Abogado e historiador. Fundador del Instituto de la Patagonia en Punta Arenas. Premio Nacional de Historia (2000). Una de las personas que más sabe de la historia patagónica. Autor de más de veinte libros y centenares de artículos en diversos idiomas.

Mauricio Massone
Licenciado y Magíster en Arqueología de la Universidad de Chile. Vivió en Punta Arenas desempeñándose como investigador del Instituto de la Patagonia por varios años. Actualmente es investigador del Museo de Historia Natural de Concepción, desde donde ha seguido desarrollando importantes investigaciones arqueológicas en Tierra del Fuego. Autor de varios libros, uno de ellos dedicado a sus trabajos en Cueva Tres Arroyos.

Beltrán Mena
Luego de titularse de médico cirujano en la UC (1985), estudia cine en el Art Institute of Chicago (1987-88), con una beca Fulbright. Funda y dirige Noreste, periódico de poesía y viajes, en su primera época (1985-1990). Ha colaborado en diversos medios escritos. Actualmente columnista de Artes y Letras, El Mercurio. Académico de la Facultad de Medicina de la UC, donde luego de dirigir por 10 años el Centro de Educación Médica, está dedicado a poner en marcha una Oficina Editorial. Gran viajero y conocedor de Patagonia.

Francisco Mena
Licenciado en Antropología con Mención en Arqueología en la Universidad de Chile y doctor en Antropología de la University of California, Los Angeles. Subdirector del Museo Chileno de Arte Precolombino y profesor de la Universidad de Chile. Ha desarrollado investigaciones arqueológicas en la Patagonia Central chilena desde hace ya veinticinco años.

Mauricio Osorio
Licenciado en Antropología con Mención en Antropología Social (Universidad de Chile). Tejedor y poeta. Reside en Coyhaique desde 1996, dedicándose a diversos proyectos que le han llevado a conocer íntimamente la realidad del campo aysenino. Autor de varios artículos y un libro sobre el tema.

José Pérez de Arce
Músico, pintor y diseñador museográfico del Museo Chileno de Arte Precolombino. Autor de varios artículos, grabaciones e instalaciones sonoras sobre música indígena chilena, algunos basados en grabaciones de terreno con sobrevivientes de los pueblos indígenas fueguinos.

Alfredo Prieto
Investigador del Instituto de la Patagonia en Puntas Arenas. Master en Arqueología U. Cambridge y Master en Arqueología prehistórica Univ.Autónoma de Barcelona, donde actualmente prepara su doctorado. Ha trabajado mucho con Borrero y Massone. Uno de los mayores especialistas del mundo en arqueología de Magallanes y en quillangos y arcos selk’nam.

Referencias

Aguerre, A. M., 1979, Observaciones sobre la industria Toldense. *Sapiens* 3: 35-54

Aguerre, A. M., 1981-1982, Los niveles inferiores de la Cueva Grande (Arroyo Feo), Área río Pinturas. *Relaciones* 14: 211-239

Aguerre, A. M., 1997, Replanteo de la industria Toldense. Arqueología de Patagonia Centro-Meridional. PhD Dissertation, Universidad de Buenos Aires

Álvarez, M. R., 2004, ¿A qué responde la diversidad instrumental? Algunas reflexiones a partir del análisis funcional de materiales líticos de la costa norte del canal Beagle. *En Contra Viento y Marea. Arqueología de Patagonia*, editado por M. T. Civalero, P. M. Fernández y A. G. Guráieb, pp. 29-43. INAPL-SAA, Buenos Aires

Aschero, C., C. Bellelli, T. Civalero, R. Goñi, G. Guraieb y R. Molinari 1992 Cronología y Tecnología en el Parque Nacional Perito Moreno ¿Continuidad o Reemplazos? *Arqueología* 2: 89-105

Bandieri, S. 2005 *Historia de la Patagonia* Ed. Sudamericana Buenos Aires

Barberena, R., 2002. *Los límites del mar*. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires

Barberena, R., A. Blasi y C. Castiñeira, 2006 “Geoarqueología en Pali Aike: Cueva Orejas de Burro 1 (Patagonia, Argentina) *Magallania* 34(1):119-138

Barbería, E. 1995 *Los dueños de la tierra en la Patagonia Austral* (1880 a 1920). Universidad Federal De La Patagonia Austral, Buenos Aires

Barrientos, G. e I. Pérez, 2004. “La expansión y dispersión de poblaciones del norte de Patagonia durante el Holoceno Tardío: evidencia arqueológica y modelo explicativo” *en Contra Viento y Marea. Arqueología de Patagonia*, editado por M. T. Civalero, P. M. Fernández y A. G. Guráieb, pp. 179-195. INAPL-SAA, Buenos Aires

Belardi, J. B., 2004, Más vueltas que una greca en *Contra Viento y Marea. Arqueología de Patagonia*, editado por M. T. Civalero, P. M. Fernández y A. G. Guráieb, pp. 591-603. INAPL-SAA, Buenos Aires

Bellelli, C., 1987, El componente de las capas 3a, 3b, 4a, de Campo Moncada 2, Provincia de Chubut y sus relaciones con las industrias

laminares de Patagonia central. *Comunicaciones de las Primeras Jornadas de Arqueología de la Patagonia*, pp. 27-32, Rawson

Bird, J. 1946 The Archaeology of Patagonia. En *Handbook of South American Indians*, editado por J. Steward, Vol. I, pp. 17-24, *Bulletin of the Bureau of American Ethnology* 143

Bird, J. 1988 *Travels and Archaeology in South Chile*. University of Iowa Press, Iowa City, Borella F. y C. M. Favier Dubois. (2006). Arqueología de Cazadores- Recolectores en la costa del Golfo San Matías (río Negro). INCUAPA 10 años. *Perspectivas Contemporáneas en la Arqueología Pampeana*. G. Politis editor. Serie Monográfica del INCUAPA N° 4. FACSO-UNICEN.

Borrero, L. A., 1981. La economía prehistórica de los pobladores del Alero de los Sauces (Neuquén, Argentina). *Trabajos de Prehistoria* 1: 113-126

Borrero, L. A., 1989. Replanteo de la arqueología patagónica. *Interciencia* 14 (3): 127-135

Borrero, L.A., 2003 Taphonomy of the Tres Arroyos 1 Rockshelter, Tierra del Fuego, Chile *Quaternary International* 109-110:87-93

Borrero, L. A., 2004, The Archaeozoology of Andean “Dead Ends” in Patagonia: Living near the Continental Ice Cap. En *Colonisation, Migration, and Marginal Areas. A Zooarchaeological Approach*, editado por .M. Mondini, S. Muñoz y S. Wickler, pp. 55-61, Oxbow Books, Oxford.

Borrero, L. A. y R. Barberena (Eds.), 2004 *Arqueología del norte de la Isla Grande de Tierra del Fuego*. Editorial Dunken, Buenos Aires

Borrero, L.A. y N. Franco 1997 Early Patagonia Hunter-gatherers: Subsistence and Technology. *Journal of Anthropological Research* 53: 219-239

Borrero, L. A. y C. McEwan, 1997, The Peopling of Patagonia. The First Human Occupation. En *Patagonia. Natural History, Prehistory and Ethnography at the Uttermost End of the Earth*, edited by C. McEwan, L. A. Borrero y A. Prieto, pp. 32-45. British Museum Press, London

Borrero, L.A. y L. Manzi, 2006. Arqueología supra-regional y biogeografía en la Patagonia meridional. En prensa en Actas VII Jornadas de Arqueología de la Patagonia, Punta Arenas

Borrero, L. A. y F. M. Martin, 1996, Tafonomía de carnívoros: un enfoque regional. En *Arqueología. Sólo Patagonia*, editado por J. Gómez Otero, pp. 189-198. CENPAT-CONICET, Puerto Madryn

Bridges, L.1978 (1952) *El Último Confin de la Tierra* Ed. Marymar, Buenos Aires

Cardich, A. y N. Flegenheimer, 1978, Descripción y tipología de las industrias líticas más antiguas de Los Toldos. *Relaciones* 12: 225-242

Cardich, A., M. E. Mansur-Franchomme, M. Giesso y V. A. Durán 1981-1982, Arqueología de las Cuevas de El Ceibo, Santa Cruz. *Relaciones* 14: 173-209

Castro, A. y E. Moreno, 1996-1998. Cabo Tres Puntas, un sitio del Holoceno medio en la costa de Patagonia continental. Palimpsesto. Revista de Arqueología 5: 119-126

Castro, A. y J. Moreno, 2000, Noticias sobre enterramientos humanos en la costa Norte de Santa Cruz, Patagonia, Argentina. *Anales del Instituto de la Patagonia Serie Cs. Hum.* 28: 225-231

Ceballos, R., 1982, El sitio Cuyín Manzano. *Series y Documentos* 9: 1-66

Civalero, M. T. y C. A. Aschero, 2003, Early occupations at Cerro Casa de Piedra 7, Santa Cruz Province, Patagonia argentina. En *Where the South Wind Blow: Ancient Evidences for Paleo South Americans*, editado por L. Miotti, M. Salemmе and N. Flegenheimer, pp. 141-147. A&M University Press, Dallas

Chapman, A. 1982 *Drama and Power in a Hunting Society: the Selk’nam of Tierra del Fuego* Cambridge University Press

Crivelli Montero, E. A., D. Curzio y M. J. Silveira, 1993, La estratigrafía de la cueva Traful 1 (provincia de Neuquén). *Praehistoria* 1: 9-160

Crivelli Montero, E. A., U. F.J. Pardiñas, M. M. Fernández, M. Bogazzi, A. Chauvin, V. Fernández y M. Lezcano, 1996, Cueva Epullán Grande (Provincia del Neuquén): Informe de Avance. *Praehistoria* 2: 185-265

De Nigris, M., 2004, *El consumo en grupos cazadores recolectores*. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires

Dillehay, T. (ed.) 1997, *Monte Verde. A Late Pleistocene Settlement in Chile*. Volume 2. Smithsonian Institution Press, Washington, D.C.

Dillehay, T. y M. Pino, 1997, Radiocarbon Chronology. En *Monte Verde. A Late Pleistocene Settlement in Chile*, edited by Tom Dillehay, Volume 2, pp. 41-52. Smithsonian Institution Press, Washington, D.C.

Durán, V.A., 1986-1987, Estudio tecno-tipológico de los raspadores del sitio El Verano, Cueva 1 (Patagonia Centro-Meridional). *Anales de Arqueología y Etnología* 41-42: 129-163

Fernández, P., 2006. Aprovechamiento de recursos faunísticos en los ambientes de estepa y ecotono bosque-estepa del norte de la provincia del Chubut. Tesis de Doctorado, Universidad de Buenos Aires

Fiore, D. 2006. Puentes de agua para el arte mobiliar: la distribución espacio-temporal de artefactos óseos decorados en Patagonia meridional y Tierra del Fuego. *Cazadores-Recolectores del Cono Sur. Revista de arqueología*. I. 137-147.

Orquera, L. y E. Piana 1999. *Arqueología de la región del canal Beagle (Tierra del Fuego, República Argentina)*. Publicaciones de la Sociedad Argentina de Antropología. Buenos Aires

Franco, N. V. y L. A. Borrero, 2003, Chorrillo Malo 2: Initial Peopling of the Upper Santa Cruz Basin, Argentina. *Where the South Wind Blow: Ancient Evidences for Paleo South Americans*, editado por L. Miotti, M. Salemmе y N. Flegenheimer, pp. 149-152. A&M University Press, Dallas

Furlong, G. 1943 *Entre los tehuelches de la Patagonia* Talleres Gráficos San Pablo, Buenos Aires

Gaete, N. y X. Navarro, 2004, Estrategias de vida de canoeros, cazadores, pescadores, recolectores del Seno de Reloncaví: entre el bosque siempreverde y el mar interior. Región de los Lagos, Chile. *En Contra Viento y Marea. Arqueología de Patagonia*, editado por M. T. Civalero, P. M. Fernández y A. G. Guráieb, pp. 217-235. INAPL-SAA, Buenos Aires

Gómez Otero, J., 1995, Bases para una arqueología de la costa patagónica central (entre el Golfo San José y Cabo Blanco). *Arqueología* 5: 61-103

González-José, R., N. Martínez Abadías, S. Van der Molen, C. Garcia Moro, S. Dahinten y M. Hernández, 2004. Hipótesis acerca del poblamiento de Tierra del Fuego y Patagonia a partir del análisis genético-poblacional de la variación craneofacial. *Magallania* 32: 79-98

Goñi, R. y G. Barrientos, 2000, Estudio de chenques en el lago Salitroso, provincia de Santa Cruz. *Desde el País de los Gigantes. Perspectivas Arqueológicas en Patagonia* I: 161-75.

Goñi, R., J. B. Belardi, S. Espinosa y F. Savanti, 2004. Más vale tarde que nunca: cronología de las ocupaciones de cazadores-recolectores en la cuenca del lago Cardiel (Santa Cruz, Argentina). *Contra Viento y Marea. Arqueología de Patagonia*, editado por M. T. Civalero, P. M. Fernández y A. G. Guráieb, pp. 237-247. INAPL-SAA, Buenos Aires

Gorla, C. M. *Los establecimientos españoles de la Patagonia: Estudio institucional* Escuela de Estudios Hispano Americanos de Sevilla, CSIC, Sevilla

Gradín, C.,. C. A. Aschero y A. M. Aguerre, 1976, Investigaciones arqueológicas en la Cueva de las Manos. Estancia Alto río Pinturas. *Relaciones* 10: 201-250

Gradín, C, C. A. Aschero y A. M. Aguerre, 1979, Arqueología del Area río Pinturas. Relaciones 13: 187-227

Guichón, R., I. Martí, E. Aspillaga, J.A. Cocilovo y F. Rothammer, 1989-1990, Contribución al conocimiento de las relaciones biológicas entre las poblaciones aborígenes de Patagonia austral y Tierra del Fuego. *Runa* 19: 27-39

Gusinde. M. 1982 (1931) *Los indios de Tierra del Fuego. Los selk´nam*. Buenos Aires: Centro Argentino de Etnología Americana

Haberle, S.G. y K.D. Bennett 2004 “Postglacial formation and dynamics of North Patagonian rainforest in the Chonos archipelago, southern Chile” *Quaternary Science Reviews* 23: 2433-52

Hajduk, A., A. Albornoz y M. J. Lezcano, 2004, El “Mylodon” en el patio de atrás. Informe preliminar sobre los trabajos en el sitio El Trébol, ejido urbano de San Carlos de Bariloche, Provincia de río Negro. *Contra Viento y Marea. Arqueología de Patagonia*, editado por M. T. Civalero, P. M. Fernández y A. G. Guráieb, pp. 715-731. INAPL-SAA, Buenos Aires

Hajduk, A., A. Albornoz y M. J. Lezcano, 2006, Levels with extinct fauna in the forest rockshelter El Trébol (Northwest Patagonia, Argentina) *Current Research in the Pleistocene* 23:55-57

Hedges, R., R. Housley, C. Bronk y G. Van Kunkev, 1992, Radiocarbon dates from the Oxford AMS System. *Archaeometry* 34: 337-357

Hernández, M., C. Lalueza Fox y C. García-Moro, 1997, Fuegian Cranial Morphology: The Adaptation to a Cold Harsh Environment. *American Journal of Physical Anthropology* 103: 103-117

Heusser, C. 1994 Quaternary Paleoeecology of Fuego-Patagonia. *Revista Instituto Geología Sao Paulo* 15: 7-26

Lahr, M., 1995, Patterns of modern human diversification: implications for Amerindian origins. *Yearbook of Physical Anthropology* 38: 163-198

Lalueza Fox, C., 1996, Mitochondrial DNA Haplogroups in Four Tribes from Tierra del Fuego-Patagonia: Inferences about the Peopling of the Americas. *Human Biology* 68: 855-871

Laming-Emperaire, A., D. Lavallée y R. Humbert, 1972, Le site de Marazzi en Terre de Feu. *Objets et Mondes* 12 (2): 225-244

Legoupil, D., 1997, *Bahía Colorada (île d’Englefield). Les premiers chasseurs de mammifères marins de Patagonie australe*. Recherches sur les Civilizations, Paris

Legoupil, D., 2003. Cazadores-recolectores de Ponsomby (Patagonia austral) y su paleoambiente desde el VI al III milenio a.C. *Anales del Instituto de la Patagonia* 31, Tirada Especial (Documentos), Punta Arenas

L’Heureux, L. y N.V. Franco, 2002. Ocupaciones humanas en el área de Cabo Vírgenes (Pcia. de Santa Cruz, Argentina): el sitio Cabo Vírgenes 6. *Anales del Instituto de la Patagonia* Serie Cs. Hum. 30: 183-201

Mancini, M. V., 1998, Vegetational Changes during the Holocene in Extra-Andean Patagonia, Santa Cruz. *Palaeogeography, Paleoclimatology, Palaeoecology* 138: 207-219

Mansur, M. E., A. Lasa y M. Vázquez, 2004, Investigaciones arqueológicas en Punta Bustamante, Provincia de Santa Cruz: el sitio RUDO1BK. En <i>Contra Viento y Marea. Arqueología de Patagonia</i> , editado por M. T. Civalero, P. M. Fernández y A. G. Guráieb, pp. 755-774. INAPL-SAA, Buenos Aires	Massone, M., 2005. <i>Los cazadores después del hielo</i> . Centro Diego Barros Arana, Santiago	Miotti, L., 1998, <i>Zooarqueología de la meseta central y costa de la provincia de Santa Cruz: un enfoque de las estrategias adaptativas aborígenes y los paleoambientes</i> . Museo de Historia Natural, San Rafael	Paunero, R. S., 1993-1994, El sitio Cueva 1 de la localidad arqueológica cerro Tres Tetas (Estancia San Rafael, Provincia de Santa Cruz, Argentina). <i>Anales de Arqueología y Etnología</i> 48/49: 73-90	editado por M. T. Civalero, P. M. Fernández y A. G. Guráieb, pp. 263-276. INAPL-SAA, Buenos Aires	Trejo, V. y D. Jackson, 1998, Cánidos patagónicos: identificación taxonómica de mandíbulas y molares del sitio arqueológico Cueva Baño Nuevo-1 (Alto Ñirehuao, XI Región). <i>Anales del Instituto de la Patagonia Serie Cs. Hum.</i> 26: 181-194
Markgraf, V., 1993, Paleoenvironments and Paleoclimates enTierra del Fuego and Southernmost Patagonia, South America. <i>Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology</i> 102: 53-68	Massone, M. y A. Prieto, 2004, Evaluación de la modalidad cultural Fell 1 en Magallanes. <i>Chungara</i> , Volumen Especial, pp. 303-315	Miotti, L. y J. Rabassa, 2000, Cronología radiocarbónica. En <i>Guía de Campo de la visita a las localidades arqueológicas</i> , editado por L. Miotti, R. Paunero, M. Salemme y R. Cattáneo, pp. 83-85. INQUA, La Plata	Paunero, R. S., 2000, La localidad arqueológica cerro Tres Tetas. En <i>Guía de Campo de la visita a las localidades arqueológicas</i> , editado por L. Miotti, R. Paunero, M. Salemme y R. Cattáneo, pp. 89-100. INQUA, La Plata	Salemme, M. y G. Bujalesky, 2000. Condiciones para el asentamiento humano litoral entre cabo San Sebastián y cabo Peñas (Tierra del Fuego) durante el Holoceno medio. Desde el País de los Gigantes. Perspectivas Arqueológicas en Patagonia II: 519-532	Velásquez, H. y L. Adán, 2004, Marifilo 1: Evidencias arqueofaunísticas para entender las relaciones humanas y bosques templados en los sistemas lacustres cordilleranos del centro sur de Chile. En <i>Contra Viento y Marea. Arqueología de Patagonia</i> , editado por M. T. Civalero, P. M. Fernández y A. G. Guráieb, pp. 507-519. INAPL-SAA, Buenos Aires
McCulloch, R., Ch. Clapperton, J. Rabassa y A. P. Currant, 1997, The Natural Setting. The Glacial and Post-glacial Environmental History of Fuego-Patagonia. en <i>Patagonia. Natural History, Prehistory and Ethnography at the Uttermost End of the Earth</i> , editado por C. McEwan, L. A. Borrero y A. Prieto, pp. 12-31. British Museum Press, London	Mena, F. y D. Jackson, 1991. Tecnología y subsistencia en Alero Entrada Baker (región de Aysén, Chile). <i>Anales del Instituto de la Patagonia Serie Cs. Hums.</i> 20: 169-203	Morello, F., M. San Román y A. Prieto, 2002. Puntas de proyectil lanceoladas en Patagonia meridional y Tierra del Fuego. <i>Anales del Instituto de la Patagonia Serie Cs. Hum.</i> 30: 155-166	Paunero, R. S., M. Cueto, A. Frank, G. Ghidini, G. Rosales y F. Skarbun, 2004, Comunicación sobre campaña arqueológica 2002 en localidad La María, Santa Cruz. En <i>Contra Viento y Marea. Arqueología de Patagonia</i> , editado por M. T. Civalero, P. M. Fernández y A. G. Guráieb, pp. 797-808. INAPL-SAA, Buenos Aires	San Román, M., F. Morello y A. Prieto, 2000, Cueva de Los Chingues (Parque Nacional Pali Aike), Magallanes, Chile. Historia natural y cultural I. <i>Anales del Instituto de la Patagonia Serie Cs. Hum.</i> 28: 125-143.	Zangrando, F. A., 2003, <i>Ictioarqueología del canal Beagle. Explotación de peces y su implicación en la subsistencia humana</i> . Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires
Martin, F.M., 2002. La marca del zorro. Cerro Johnny: un caso arqueológico de carroñeo sobre un esqueleto humano <i>Anales del Instituto de la Patagonia Serie Cs. Hum.</i> 30:133-146	Mena, F., T. Stafford y J. Southon, 1998 “Direct AMS radiocarbon dating on human bones from Baño Nuevo, Central Patagonian Andes, Chile”. <i>Current Research in the Pleistocene</i> 15: 71-72	Moreno, J. E., 2002, Arqueología de la costa norte de Santa Cruz. Tesis de Doctorado, Universidad Nacional de La Plata	Penazzo, N. 2006 (1991-93) “¿Kùnez nìy Selk’nam? ¿Quién es el Selk’nam? En Vega, Carlos (ed) <i>El Libro de Oro de “Impactos”,</i> Punta Arenas	San Román, M., F. Morello y A. Prieto, 2002,Nuevos antecedentes sobre la explotación de recursos faunísticos en el mar de Otway y canales adyacentes. <i>Anales del Instituto de la Patagonia Serie Cs. Hum.</i> 30: 147-154	
Martin, F.M., 2006. <i>Carnívoros y Huesos Humanos</i> . Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires	Mena, F. y O. Reyes, 1998, Esqueletos humanos del Arcaico temprano en el margen occidental de la estepa centropatagónica (Cueva Baño Nuevo, XI Región). <i>Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología</i> 25: 19-24	Nami, H. G., 1987, Cueva del Medio: Perspectivas arqueológicas para la Patagonia austral. <i>Anales del Instituto de la Patagonia Serie Cs. Hum.</i> 17: 73-106	Piana, E. L., M. Vázquez y N. Rua, 2004, Mischiuen 1. Primeros resultados de una excavación de rescate en la costa norte del canal Beagle. En <i>Contra Viento y Marea. Arqueología de Patagonia</i> , editado por M. T. Civalero, P. M. Fernández y A. G. Guráieb, pp. 815-832. INAPL-SAA, Buenos Aires	Sanguinetti, A. C., 1976, Excavaciones prehistóricas en la Cueva de Las Buitreras. <i>Relaciones</i> 10: 271-292	
Martin, F. M., A. Prieto, M. San Román, F. Morello, F. Prevosti, P. Cárdenas y L. A. Borrero, 2004, Late Pleistocene Megafauna at Cueva del Puma, Pali Aike Lava Field, Chile. <i>Current Research in the Pleistocene</i> 21: 101-103	Mena, F., H. Velásquez., V. Trejo y JC Torres, 2003 “Aproximaciones zooarqueológicas al pasado Arqueológico de Aysén Continental (Patagonia Central Chilena)” G.L. Mengoni (ed.) <i>Zooarchaeology of South America</i> BAR International Series, Oxford.	Nami, H. G., 1993-1994, Observaciones sobre desechos de talla procedentes de las ocupaciones tempranas de Tres Arroyos (Tierra del Fuego, Chile). <i>Anales del Instituto de la Patagonia Serie Cs. Hum.</i> 22: 175-180	Politis, G. y P. Madrid, 2001. Arqueología pampeana: estado actual. In: Berberían, E., Nielsen, A. (Eds.), Historia Argentina Regional, Editorial Brujas, Córdoba, pp. 737-814	Sanguinetti, A.C., 2005. Investigaciones prehistóricas en la costa patagónica septentrional. Antiguas líneas de costa del Holoceno medio: el complejo Norpatagoniense. Temas y Problemas de Arqueología, Anales de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, pp. 21-36, Buenos Aires	
Martin, F.M., R. Barberena y L.A. Borrero, 2005. Faunal Analyses, Human Subsistence and Biogeography in the Pali Aike Lava Field, Southern Patagonia: New Perspectives from Cóndor 1. Paper presented at the 70th Annual Meeting of the Society for American Archaeology, Salt Lake City	Menghin, O. F.A., 1952, Fundamentos cronológicos de la prehistoria de Patagonia. <i>Runa</i> 5: 23-43	Nami, H. G. y T. Nakamura, 1995. Cronología radiocarbónica con AMS sobre muestras de huesos procedentes del sitio Cueva del Medio (Última Esperanza, Chile). <i>Anales del Instituto de la Patagonia Serie Cs. Hum.</i> 23: 125-133	Prieto, A. 1991, Cazadores tempranos y tardíos en Cueva lago Sofía 1. <i>Anales del Instituto de la Patagonia Serie Cs. Hum.</i> 20: 75-99,	Sarobe, J. 1935 <i>La Patagonia y sus Problemas</i> Aniceto López Librería-Editorial-Imprenta, Buenos Aires	
Martinic, M., 1992 <i>Historia de la Región Magallánica</i> Edición del autor, Santiago (reedición Univ. de Magallanes, 4 tomos, Pta. Arenas, 2005)	Mengoni Goñalons, G. L., 1999, <i>Cazadores de guanaco de la estepa patagónica</i> . Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires	Orquera, L. A. 1987 Advances in the Archaeology of the Pampas and Patagonia. <i>Journal of World Archaeology</i> 1:343-413	Reyes, O., 2002, Funebria indígena en el curso inferior del valle del río Ibáñez, margen occidental de la estepa de centropatagonia (XI Región de Aysén). <i>Anales del Instituto de la Patagonia Serie Cs. Hum.</i> 30: 87-101	Scheinson, V. & J. Ferretti 1995 “The mechanical properties of bone materials in relation to the design and function of prehistoric tools from Tierra del Fuego, Argentina” <i>Journal of Archaeological Science</i> 22: 711-717	
Martinic, M., 1995 <i>Los Aónikenk : historia y cultura</i> Ediciones de la Univ. de Magallanes	Mera, R. y C. García, 2004, Alero Marifilo 1. Ocupaciones Holoceno temprano en la costa del lago Calafquén (X Región, Chile). En <i>Contra Viento y Marea. Arqueología de Patagonia</i> , editado por M. T. Civalero, P. M. Fernández y A. G. Guráieb, pp. 249-262. INAPL-SAA, Buenos Aires	Orquera, L. A., 1999, El consumo de moluscos por los canoeros del extremo sur. <i>Relaciones</i> 24: 307-327	Reyes, O., C. Méndez, H. Velásquez y V. Trejo en prensa El Chueco 1: un asentamiento multicomponente en la estepa occidental de Patagonia Central (11.400 a 2.700 años cal ap, 44° s) en <i>Magallania</i> 35(1)	Silveira, M. J., 1979, Análisis e interpretación de los restos faunísticos de la Cueva Grande del Arroyo Feo. <i>Relaciones</i> 13: 229-253	
Martinic, M. 1999 <i>Cartografía Magallánica</i> 1523-1945 Ediciones de la Univ. de Magallanes	Miotti, L. Piedra Museo (Santa Cruz): Nuevos datos para la ocupación Pleistocénica en Patagonia. en Arqueología, <i>Sólo Patagonia</i> , editado por J. Gómez Otero, pp. 27-38.: CENPAT-CONICET, Puerto Madryn;	Ortiz Troncoso, O., 1979, Punta Santa Ana et Bahía Buena: Deux gisements sur une ancienne ligne de rivage dans le détroit de Magellan. <i>Journal de la Société des Américanistes</i> LXVI: 133-204	Rindel, D., 2004, Patrones de procesamiento faunístico en el sitio Alero Destacamento Guardaparque durante el Holoceno Tardío. En <i>Contra Viento y Marea. Arqueología de Patagonia</i> ,	Silveira, M. J., 1999, El Alero Larriviére. Un sitio en el bosque septentrional andino. En <i>Soplando en el Viento</i> , pp. 83-92, Universidad Nacional del COMAHUE-INAPL, Neuquén-Buenos Aires	
Martinic, M. 2005 <i>De la Trapananda al Aysén</i> Pehuén Editores, Santiago.				Stern, Ch. 1991 Mid-Holocene tephra on Tierra del Fuego (54°S) derived from the Hudson volcano (46°S): evidence for a large explosive eruption” <i>Revista Geológica de Chile</i> 18(2): 139-46	

Notas al Capítulo I

(Borrero y Mena)

- ↑ Puesto que las fechas radiocarbónicas se basan en la lenta desintegración de un isótopo que está en la atmósfera y adquieren (por respiración, fotosíntesis, etc.) todos los seres vivos, varía según la disponibilidad de este isótopo. Hoy sabemos que no ha sido estable en el tiempo por diversos factores cósmicos. Es por ello que técnicamente se habla de años radiocarbónicos AP y para fines de este libro hemos usado fechas corregidas o “calibradas” para traducirlas al calendario de uso común.
- ↑ Stern 1991
- ↑ Orquera 1987; Miotti1996, Borrero. y Franco., 1997, Borrero y McEwan, 1997
- ↑ Markgraf 1993, Heusser 1994
- ↑ Mancini 1998
- ↑ Haberle y Benett 2004
- ↑ Mena et al. 1998
- ↑ Mena y Reyes 1998
- ↑ Crivelli et al. 1996
- ↑ Bird 1946, 1988. Prieto 1991 Barberena et al. 2006; Hedges et al. 1992
- ↑ Goñi y Barrientos 2000
- ↑ Guichón et al. 1989-1990 Barrientos y Pérez 2004, González-José et al. 2004
- ↑ Lahr 1995:190, Hernández et al. 1997
- ↑ Lalueza Fox 1996
- ↑ Dillehay y Pino 1997; “AP”, abreviación de “años antes del presente” es la unidad en que se miden las dataciones radiocarbónicas y –como dijimos en nota 1– puede no corresponder a los años calendáricos.
- ↑ Velásquez y Adán 2004
- ↑ Crivelli et al. 1993
- ↑ Ceballos 1982
- ↑ Hajduk et al. 2004
- ↑ Hajduk et al. 2006
- ↑ Crivelli et al. 1993
- ↑ Reyes et al. 2007
- ↑ Aschero et al. 1983
- ↑ Bellelli 2002
- ↑ Silveira 1999, Fernández 2006
- ↑ Bate y Mena 2006
- ↑ Muchas de ellas en Aysén (ej. Cueva Las Guanacas hace unos 5.000 años; Mena 2000) o el extremo norte de la Patagonia Sur (ej. Cerro Casa de Piedra 5 y 7 ocupadas hace unos 11.000 años; Civalero y Aschero 2003)
- ↑ Barrientos y Pérez 2004
- ↑ En teoría, la cerámica se relaciona con una base agrícola y la vida sedentaria, por lo que los cazadores-recolectores patagónicos no tendrían cerámica, pero en el norte de Patagonia –y tan

al sur como en Entrada Baker o el río Pinturas– se ha datado este elemento en unos mil años, encontrándosele en el siglo XIX incluso a orillas del Estrecho.

- ↑ Ver capítulo de M. Martinic, en este libro
- ↑ Menghin 1952, Cardich et al. 1973, Cardich and Flegenheimer 1978, Miotti 1998, Paunero 1993-1994; Un fechado radiocarbónico aislado de 12,600 ± 500 AP (alrededor de 13.500 a.C.), obtenido a partir de carbones dispersos del Nivel 11 de Los Toldos 3 no puede ser tenido en cuenta como prueba de la edad del poblamiento humano de la Patagonia. La falta de un número de laboratorio, unido a la poca claridad de la asociación hacen dudoso este dato. Toda la secuencia de este sitio, al compararla con la del resto de la Patagonia, aparece como envejecida.
- ↑ Cardich et al. 1981-1982
- ↑ Paunero 1993-1994
- ↑ Paunero 2000
- ↑ Miotti and Rabassa 2000
- ↑ Bird 1988
- ↑ Miotti 1996
- ↑ Durán 1986-1987
- ↑ Aguerre 1997
- ↑ Gradín et al. 1976, Aguerre 1979
- ↑ Gradín et al. 1976, 1979
- ↑ Gradín et al. 1979
- ↑ Gradín et al. 1976, 1979, Aguerre 1981-1982
- ↑ Civalero y Aschero 2003, De Nigris 2004
- ↑ Mena y Reyes 1998
- ↑ Franco y Borrero 2003
- ↑ Nami 1987
- ↑ Prieto 1991
- ↑ Massone y Prieto 2004
- ↑ Borrero y Manzi 2006
- ↑ Bird 1946
- ↑ Sanguinetti 1976
- ↑ Martin et al. 2005
- ↑ Bird 1988
- ↑ Borrero y Martin 1996
- ↑ Martin et al. 2004
- ↑ San Román et al. 2000
- ↑ Bellelli 1987
- ↑ Gradín et al. 1979
- ↑ Aschero et al. 1992
- ↑ Castro y Moreno 2000, Goñi y Barrientos 2000, Martín 2002, 2006, Reyes 2002
- ↑ Moreno 2002
- ↑ L’Heureux y Franco 2002
- ↑ Miotti 1998, Gómez Otero 1995, Barberena 2002,
- ↑ Mansur et al. 2004, Borrero y Barberena 2006
- ↑ Mansur et al. 2004

⁶⁶ Borrero y Barberena 2006

⁶⁷ Mengoni Goñalons 1999

⁶⁸ Durán 1986-1987, De Nigris 2004

⁶⁹ Goñi et al. 2004

⁷⁰ Franco y Borrero 2003

⁷¹ Belardi 2004

⁷² Barbería 1995, Martinic 1995

⁷³ McCulloch et al. 1997

⁷⁴ Massone et al. 1993, Borrero 2003. El hallazgo de restos de vicuña (*Lama gracilis*) y choique, que hoy no existe en la isla, subraya lo diferente que era este ambiente en tiempos glaciales, cuando el territorio formaba parte del continente.

⁷⁵ Massone 2004

⁷⁶ Laming-Empeaire et al. 1972

⁷⁷ Massone et al. 1993

⁷⁸ Massone et al. 1993, Borrero y Barberena 2000

⁷⁹ Salemme y Bujalesky 2000

⁸⁰ Los informantes del padre Gusinde (1982) o de Lucas Bridges (1978), por ejemplo, negaban terminantemente comer carne de zorro, pero esta práctica está claramente documentada en muchos sitios arqueológicos relativamente recientes; el hecho de que nunca se ha encontrado en ellos puntas de vidrio, que fueron ampliamente colectadas por los misioneros, sugiere que éste era un “souvenir” más que un artefacto efectivamentre usado en la caza.

⁸¹ Gusinde, 1982; Chapman, 1982; Penazzo 2006

⁸² Los primeros testigos occidentales sugieren resabios de antiguas divisiones culturales y geográficas y en la Península de Mitre hasta existía un grupo con una lengua, una mitología y probablemente un origen e historia diferente del de los otros cazadores terrestres del interior de la Isla Grande de Tierra del Fuego, pero en momentos históricos todo está muy mezclado y, en cualquier caso, la arqueología no reconoce estas diferencias.

⁸³ Legoupil 1997, San Román et al. 2002

⁸⁴ Ortiz Troncoso 1979

⁸⁵ Orquera 1987, Orquera y Piana 1999, Piana et al. 2004

⁸⁶ Scheinson & Ferretti 1995

⁸⁷ Álvarez 2004

⁸⁸ Legoupil 1997, Orquera 1999, Orquera y Piana 1999, Zangrando 2003

⁸⁹ San Román et al. 2002

⁹⁰ Morello et al. 2002, Legoupil 2003

⁹¹ Gaete y Navarro 2004

⁹² Los restos de milodón de Traful fueron interpretados como probablemente no asociados con los primeros humanos (Crivelli Montero et

al. 1993:35-36). Aun los restos de mastodonte de Monte Verde no parecen haber sido importantes para la subsistencia.

⁹³ Borrero 2004. Una posible excepción puede presentarse en el sitio El Trébol, donde restos de Mylodontinae presentan huellas de corte. En la cueva Baño Nuevo hay restos de caballo americano, milodón y otros mamíferos extintos casi en los mismos niveles que las primeras ocupaciones humanas, pero tanto su datación directa como el análisis de daño por ácidos digestivos y otras huellas revela que fueron introducidos por grandes carnívoros poco antes de la llegada de los primeros seres humanos (P. López, com.pers.)

⁹⁴ Velásquez y Adán 2004

⁹⁵ Mena *et al.* 2003

⁹⁶ Crivelli Montero *et al.* 1996:206

⁹⁷ Velásquez y Adán 2004

⁹⁸ Trejo y Jackson 1998

⁹⁹ Politis y Madrid 2001

¹⁰⁰ Nami 1993-1994

Notas al Capítulo II

(Martinic)

¹ Pigafetta 1970:21

² Pigafetta 1970:29

³ Los españoles trajeron a América una mentalidad medieval abierta a aceptar imaginaciones como “El Dorado”, “La fuente de la eterna juventud” o la “Ciudad de los Césares”. En 1526 se tuvieron las primeras referencias a ésta, a través de noticias proporcionadas por soldados españoles que llegaron al río de La Plata con la expedición de Sebastián Caboto, a las que se sumaron los rumores sobre una ciudad inca fundada por fugitivos de la expedición de Diego de Almagro. El naufragio de la expedición del obispo de Plasencia en 1540 en el estrecho de Magallanes terminó por gestar el mito de la misteriosa ciudad. La llegada de algunos sobrevivientes a Chile, décadas después, confirmó para muchos españoles la idea de que los náufragos habían fundado una ciudad retirada hacia el interior de la Patagonia. Desde entonces, las expediciones en busca de la Ciudad de los Césares se multiplicaron, y el vano resultado obtenido no hizo más que rodear de leyenda al fabuloso lugar.

⁴ La superficie total que asignamos a la Patagonia es de 1.047.579 kms², de los que 787.291 kms² corresponden argentina (74%) incluyendo las provincias de Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego, y 260.288 kms² corresponden a Chile, comprendiendo las comunas de Chiloé continental en la Región de Los Lagos, la Región de Aysén y de Magallanes.

⁵ El censo nacional argentino de 2001 registró las siguientes poblaciones provinciales: Neuquén 474.155 habitantes, Río Negro 552.822 habitantes, Chubut 413.237 habitantes, Santa Cruz 196.258 habitantes y Tierra del Fuego 101.079 habitantes. El censo nacional chileno de 2002 registró a su vez 150.826 habitantes para la Región de Magallanes, 91.422 para la Región de Aysén y 23.334 habitantes para las comunas de Futaleufú, Palena, Chaitén, Hualaihué y Cochamó de la Región de los Lagos, que conforman la zona de Chiloé continental, Patagonia septentrional chilena.

Publicación patrocinada por la
Ley de Donaciones Culturales

Edición
Francisco Mena Larraín

Coordinación General
Gema Swinburn Puelma

Fotografías
Nicolás Piwonka Zañartu

Arte, Diseño y Producción
Virtual Publicidad

8.000 ejemplares

Impresión
Morgan Impresores

Dirección Registro Propiedad Intelectual
Inscripción N° 165.970
ISBN 978-956-243-04-08

Santiago Chile, Noviembre de 2007.